

DE LAS DAMAS



Traje para calle y abrigo impermeable.



Traje de calle, estilo sastre.

El buen gusto en el vestir.

MODO DE SER SIEMPRE AGRADABLE.

Aunque en rigor este capítulo viene á ser en cierto modo la repetición de cosas ya dichas en las páginas de este semanario, nos parece oportuno escribirlo para ver si de este modo hacemos entrar en las caprichosas mentes de nuestras colegas de sexo, algunos principios comunes, triviales, claros como la luz, y que sin embargo, son para la mayor parte de ellas letra muerta.

El primero es que no se debe ser esclava de la moda, y que cada cual debe tomar en los nuevos figurines y

creaciones de la caprichosa deidad, lo que convenga á su género de constitución, á sus formas, al color de su cutis, etc. No puede verse sin horror á una mujer de pequeña estatura, con sombreros enormes como los llamados Rubens, que se usaron hace años, y aun los algo menores que dominaron en el invierno de 1894-1895. Lo mismo diríamos hablando de las muy altas y de cabellera voluminosa que usaran sombreros muy pequeños.

Análoga observación puede hacerse relativamente á los trajes. El año pasado hicieron su aparición las mangas de pierna de carnero, muy voluminosas también en la temporada actual, más que entonces tal vez. Esa moda no podía convenir sino á las personas altas y delgadas; lo cual no impidió que las usara y que las use todo el mundo. Vense

á lo mejor en la calle ó en los salones criaturas pequeñas, graciosas, bonitas, que serían deliciosas si fueran vestidas conforme á las exigencias naturales de su constitución, y que con las mangas voluminosas y los abullonados sobre los hombros parecen verdaderas jorobadas.

Ya antes habíamos tenido la temporada de las mangas estrechas; con espanto se contemplaban los brazos de algunas, formados por el hueso y el pellejo. Muy pocas fueron las de formas poco redondeadas que tuvieron la inteligencia de decirse: "Que se hagan mangas ajustadas las que tengan brazos bonitos; yo les daré alguna holgura que simule mi exagerada delgadez." No, la moda ejerce tal imperio, que todas, altas y bajas, morenas y rubias, flacas y gruesas, bien hechas y torcidas, se visten de la misma manera, sin comprender

qué lo bello en unas es horrible en otras.

Sigan, pues, mis consejos las lectoras, y persuádanse de que sin buen gusto en el vestir no hay belleza perfecta.

Lo mismo añadiré en lo referente á colores. Debo decir que en nuestros países hay bastante gusto en lo relativo al particular, digan lo que quieran las parisienses, que se burlan de nuestra afición á los tonos vivos y francos, sin comprender que en eso no hay más que un efecto natural de nuestros climas.

Se ha observado hace ya mucho tiempo que en los países donde el sol es hermoso, las tierras tienen colores determinados. Así, el horizonte de las montañas forma una línea precisa sobre el cielo azul. Por el contrario, en los países brumosos y lluviosos, como Holanda, Bélgica,

el Norte de Francia, Venecia, se observan en el cielo, en los montes y en la vegetación toda la escala cromática. Naturalmente, la vista se acostumbra desde la niñez á este espectáculo y por esto nos gustan á nosotras los tonos francos y vivos chillones, según dicen en París, mientras que las parisienses y las beigas prefieren los apagados que armonizan suavemente unos con otros.

No pido, pues, á mis lectoras que renuncien á los gustos que deben á la naturaleza, sino que los cultiven, para evitar los efectos feos, y no dar lugar á que se diga de ellas como de las inglesas, que son campos de batalla donde los colores más opuestos se combaten.

La manera de ser siempre bella y agradable, se ha explicado en distintas partes de esta obra; pero repetiremos que una italiana establecida en Nueva York ha hallado manera de hacer graciosas á las feas é irresistibles á las hermosas. Su método consiste, según ya se ha explicado, en inspirar sentimientos placenteros á las personas, para que ese estado interior se refleje en el rostro, dándole suavidad y dulzura. La alimentación, el buen estado de salud contribuyen mucho á la buena apariencia de la persona.

Otro consejo puede darse para terminar este corto capítulo, complemento de los anteriores, y es el de no empeñarse en ir contra la corriente, quiero decir, en ser eternamente joven. Bueno que se corrijan en lo posible los efectos de los años y sus estragos, pero sin empeñarse en lo imposible. Querer á los 50 años tener la frescura y la hermosura de los treinta, es ilusorio.

Se aventajará mucho la mujer y se conservará bien mucho tiempo, si no se abandona. No por entrar en años y por tener marido é hijos deje de tener los cuidados que su belleza requiere. Repetiré que si muchos hombres se cansan de sus mujeres y buscan fuera distracciones de mala ley, débese á que sus esposas dejan de darles el espectáculo del aseo y elegancia personal, no se cuidan, se ponen á engordar de manera extraordinaria, no hacen, en suma, nada para evitar el afeamiento del marido.

Conviene, pues, que la mujer se cuide mucho, pero no que incurra en la exageración de querer rivalizar, según algunas hacen, con sus propias hijas. Hay madres, doloroso es decirlo, que cuando sus hijas llegan á la edad de mujeres, se ponen á aborrecerlas porque las eclipsan. Esto es triste y censurable. La madre que tiene una hija hermosa, ponga su orgullo en ella y déjese de apetecer homenajes.

No hay que andarse con pinturas ni coqueteos que á nadie engañan. Déjese que la edad produzca sus efectos, cúdense la salud y téngase con el cuerpo los mismos cuidados que á los treinta años y se verá que puede llegarse así á los setenta, siendo siempre simpática á todos y por todos querida. El secreto de la belleza eterna no es, desgraciadamente, otro, mientras no se encuentre la fuente de perenne juventud que un audaz guerrero español creyó hallar en la Florida y que la humanidad ha buscado y buscará siempre en todas las edades, pueblos y cimas.



Bata para calle, última novedad.



Traje de mañana, estilo inglés.

CUENTO PARA LOS NIÑOS.

EL CASTIGO.

Ya sólo se oía en el comedor el pausado tic-tac del gran reloj de pared, que dejaba ver su péndola en continuo vaivén, arriba del "aparador." Sobre este mueble se veían un "convoy," un vaso, una taza chocolatera y un ovalado platón que contenía cocada." La pereza de los sirvientes había dejado sin recoger estos rastros, así como un mantel apenas sacudido y mal doblado, sobre la mesa, y que lucía una enorme

mancha del café que vertiera el más pequeño de los niños de la casa.

De la pared colgaban algunos cromos encuadrados en marcos de madera negra. En uno, sobre el brasero de la cocina, se veían cacerolas que contenían legumbres, unos hermosos huachinangos y los cadáveres de tres conejos atados juntos por las patas. Otro de los cuadros representaba la cena de una familia, en torno de una humilde mesa, en el interior de una choza. En otro había aves ya privadas de la vida por la cocinera, y suspendidas hacia el suelo; por el pico les escurría la sangre. En otro, colocado cerca de la puerta de salida del comedor, se veía á dos hombres con hábitos de sacerdotes, sentados frente á una mesa; uno de ellos reía

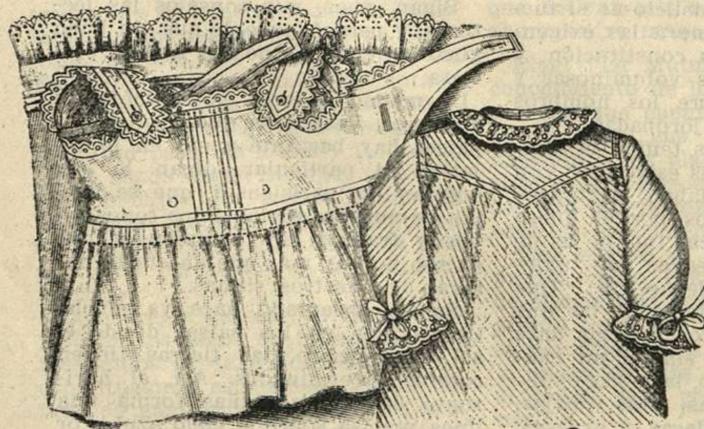
grandemente de algún cuento de su compañero.

Cerca de la pared, y siguiendo la línea de los muros del comedor, estaban las sillas, de asiento de bejuco; en una de ellas dormitaba "huando" el gato negro que, durante el día retozaba con una pluma ó con un corcho caído de la mesa.

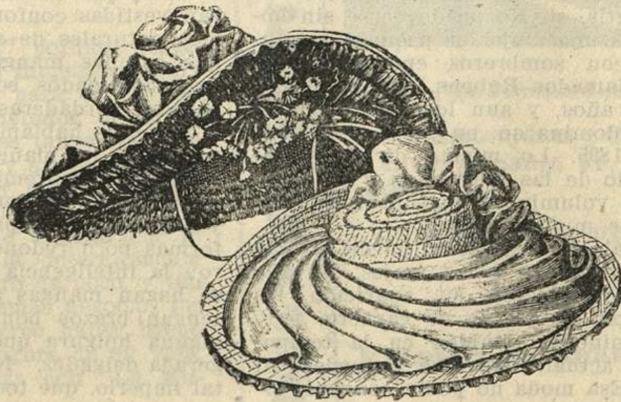
Mientras cenaban los padres de Rafael, y sus dos hermanos, ya cansados por los estudios y por los juegos del día, cabeceaban frente á la mesa, el niño castigado por sus padres con la privación de dulce durante ocho días, á causa de su ninguna aplicación en la escuela, observó cómo quedaba el platón fuera del aparador, y concibió la idea de levantarse de su cama, cuando ya todos durmieran, y volver al comedor.

Cuando Rafael no oyó más ruido que el de la respiración acompasada de sus padres dormidos en la recámara contigua á la suya, cuidadosamente dejó á un lado las ropas de la cama, y procuró no hacer ruido, bajó al suelo; descalzo se dirigió al comedor.

El corazón le palpitaba aceleradamente al pensar que pudieran descubrirle. Al llegar al aparador se sintió disgustado, y como con miedo de algo que no sabía qué era, pero venció su repugnancia y sirviéndose de la mano misma, porque no tenía cerca una cuchara, empezó á tomar el postre. En se proponía sólo comer una pequeña parte, para que no se conociera al día siguiente que alguien había tomao más del que



Ropa para bebé.



Sombreros de verano.



Colección de trajes para niños.

habían servido en mesa; pero a medida que más tomaba, más deseaba. Al fin, cuando ya no pudo comer, volvió con las mismas precauciones á su pequeña cama.

A la mañana siguiente la criada, confesando su falta de cuidado, avisó á la madre de Rafael que faltaba dulce, lo cual valió una reprimenda á la sirvienta, por su pereza en cumplir con sus deberes.

Comenzaron las averiguaciones para saber quién había sido el glotón, y la señora madre de Rafael examinó primero á Pedro, hermano del castigado, creyendo que, por cumplirse ese mismo día el plazo del castigo, el desaplicado no habría cometido esa nueva falta, que le hiciera acreedor á una nueva pena.

—¿Quién se comió anoche el dulce?
—preguntó la madre á Pedro, y éste contestó ingenuamente:

—Yo no fui, mamá.—Pero luego pensó en su hermano, que de seguro habría sido; pensó en que si se descubría que Rafael era el autor de la falta, iban á imponerle un nuevo castigo, seguramente más fuerte que el anterior, y compadeciéndose del menor, dijo: mamá, perdóname; no volveré á hacerlo.

La madre le reprendió, le dijo que si deseaba más dulce que el que le había dado, podía haberlo pedido, y se le habría dado una cantidad conveniente, para que no le perjudicase, una que no constituyera un exceso, pero que no debía haber ido como un ladrón en su propia casa, á tomar ese dulce por la noche. Además, le avisó que en castigo quedaría privado por algunos días de tomar dulce á la hora de la comida.

Cuando Rafael que, desde la pieza contigua, temblando había oído todo, no pudo callar por más tiempo, salió; abrazó llorando á su hermano y confesó la falta.....

La madre perdonó á los dos.

LAS DALIAS.

La primavera parecía haberse complacido prodigando en aquel jardín pintoresco sus más lozanas flores.

Entre todas ellas, erguido sobre su fresco tallo, se alzaba el clavel rojo, embalsamando con su aroma penetrante á la brisa que le acariciaba.

Abrióse el verde cáliz; los pétalos, encendidos como llamas, formaron espléndida corola, y las flores del pensil, llenas de asombro, le contemplaron con delicia. Todas, todas



Traje de calle; delantero liso.

se inclinaron humildes y le amaron en cuanto le vieron.

Las azucenas candorosas con sus hojas de nácar y sus pistilos de oro, le ofrecieron las primicias de su pureza virginal, homenaje á la hermosura deslumbradora de la flor encendida; las violetas tímidas temblaron entre la hierba con el dulce estremecimiento de la pasión; las margaritas inocentes, sinceras como campesinas, no disimularon su asombro, las siemprevivas le brindaron su amor eterno; las pasionarias trepadoras le oprimieron con amoroso lazo, y hasta las rosas, antes tan soberbias, mostráronse rendidas como si fueran sus esclavas.

Los lirios románticos y los alegres alhelfes palidecieron á la vista de aquel poderoso rival que nacía para arrebatárles el amor de las otras flores.

Así halagado en su necio orgullo, creció el clavel, hinchóse poco á poco, y de puro vanidoso y satisfecho, hízose "reventón."

Como presumido galán para quienes son fáciles todas las damas, miró á éstas con el mayor desprecio, y hasta las más bellas le parecieron indignas de sus favores.

La rosa por demasiado erguida, la azucena por cándida, la siempreviva por fúnebre, y la pasionaria por triste, no lograron sino desdenes á cambio de sus halagos y caricias.

Casi mustias, se consumían sin lograr ninguna la preferencia en su rivalidad amorosa, cuando de pronto brotó en el verjel una planta desconocida.

El jardinero había traído la semilla de muy lejos, y desde que la puso en tierra dedicó á su cultivo desvelos y cuidados.

Visitaba con asiduidad el sitio en que la sembró, y cuando aparecieron los primeros brotes, todo fué atención y esmero para dirigirlos y desarrollarlos.

Creció el robusto tallo más, mucho más que el de las otras flores; aquella, sin duda, iba á ser una "buena moza."

Y esperándose así, complacíase el clavel en contemplarla, seguro de encontrar en ella una nueva adoradora; y satisfecho de antemano con su conquista, observaba el crecimiento rápido de las hermosas hojas, entre las cuales brotó un capullo tierno, verde, que se convirtió bien pronto en flor arrogante, de matices diversos y colores vivísimos.

El clavel la miró con encanto y se prendó de ella; las otras flores sintieron envidia, porque en realidad aquella exótica compañera sobrepu-

jaba á todas en hermosura y gallardía.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó el clavel.

—Me llamo "dalia," contestó con meloso acento americano.

—¿De dónde te han traído?

—De México.

—Eres muy hermosa... muy hermosa... muy hermosa...

No supo decir más, toda la arrogancia del clavel trocóse de pronto en timidez y cobardía.

La dalia miró á su adorador con desdeñosa indiferencia; y como si quisiera estimular aquella pasión que se manifestaba humilde y apocada, demostró al punto su preferencia por el jazmín de nieve, por el heliotropo de amargo aroma, por el nardo fragante y por el poético dondiego, que se abría de noche para contemplarla.

Así, concediendo su favor pasajero á unos y á otros, encendió más y más el amor del clavel hasta enloquecerlo.

En vano, amantes siempre y ahora compasivas, procuraban embriagarle con sus aromas la rosa y la violeta, y atraerle con sus encantos la margarita, la perpetua y la pasionaria; mustio y rendido, idólatra ciego de la flor veleidosa, el clavel mendigaba humilde alguno de los favores que tan fácilmente concedía á sus otros amantes.

Y sobre el tallo verde y erguido el clavel desmayó poco á poco y su corola se deshizo, y las hojas secas desprendiéronse del cáliz y cayeron en tierra...

Que así como para los galanes presuntuosos hay mujeres coquetas, vengadoras de las apasionadas, para los claveles vanidosos no faltan nunca dalias insensibles, flores sin aroma, seres sin alma.

MIGUEL RAMOS CARREON.

ESPINELAS.

Envuelto en áureo cendal
Asoma el sol en Oriente;
Pájaros, selvas y fuente
Cantan el himno triunfal:
De luz el tibio raudal
Inunda el ambiente frío
y en las márgenes del río
Donde la flora descuella
Parece que es una estrella
Cada gota de rocío.
En ígneo féretro real

Muere el sol en Oriente,
El Angelus imponente
Es el toque funeral.
De las sombras el raudal
Es de la noche atavío,
Y en el inmenso vacío
Donde lo excelso destella,
Parece que cada estrella
Es gotita de rocío.

OTHON LOPEZ



Porta-papeles para pared.



Traje de seda calada, y boa de gasa.



Blusa de seda y falda de muselina.

RECETAS ÚTILES.

PARA LOS CASOS DE ENVENENAMIENTO

Cuando el veneno se ha aplicado sobre el cutis, ó si se ha inoculado como ocurre con la ponzoña de las víboras y serpientes, hay que oponerse á la absorción lavando, atando los miembros, algo más arriba

de las llagas, entre éstas y el centro del cuerpo (cuando son en los miembros, porque de otro modo es imposible) y si precisa, mediante la cauterización.

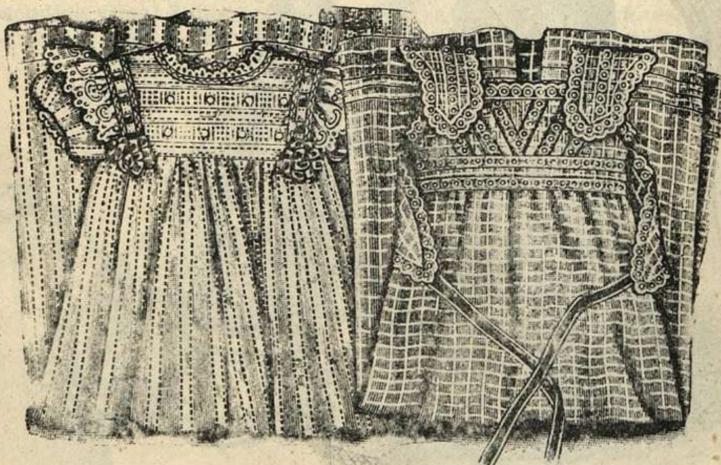
Cuanto al contraveneno y á la eliminación del veneno absorbido, no diremos nada en general, pues todo depende de la naturaleza del veneno. Sin embargo, pueden considerarse como antidotos generales la leche, la magnesia desleída en agua y el agua albuminosa (la clara de

huevo es una substancia que contiene mucha albúmina).

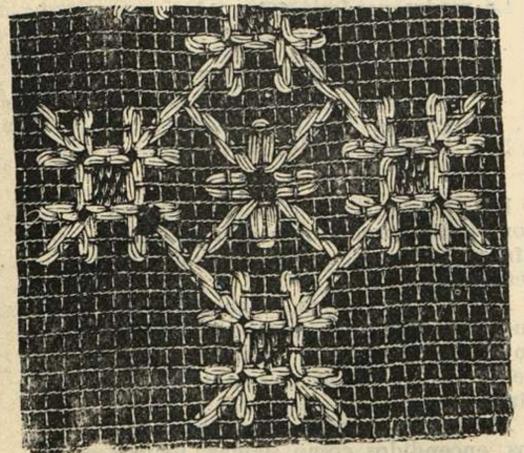
Veamos ahora los casos de envenamiento más frecuentes que pueden observarse en las familias, ya por negligencia ó por otro motivo.

Los venenos se dividen en cuatro clases:

La primera se llama de los venenos irritantes, que inflaman y corrompen las partes con que se encuentran en contacto.



Ropa para niño.



Modelo de bordado.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO I.--NÚM. 24.

MÉXICO, JUNIO 15 DE 1902.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Subscripción mensual foranea, \$ 1.50
Idem. Idem. en la capital. „ 1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



Primavera Feliz.

(De la Colección Hillebrand.)

DIAS DE ROMA

El Jesús.—Una visita á la Ristori

(Del libro "En la Europa Latina")

La visita fué en la tarde; mas no había perdido mi mañana: no, en Roma no hay un momento que perder. Hay que verlo todo muy de prisa, á escape, á merced del guía. Y luego—ya que no reverlo todo—volver solo, enteramente solo, con algún compañero discreto, que no ande, que no se mueva, que no respire; sobre todo, que no pregunte, que no pregunte, Dios mío, que se aleje, que respete á un hombre clavado una hora ó dos horas ante un pedazo de estatua, sin impacientarse, sin mostrarse, sin decir ¡qué lindo es esto! ¡qué hermoso es esto! Nada: sin irse, ausentarse ¡oh! ¡ideal de los compañeros de viaje artístico! ¡oh! ¡ideal! Volver solo á algunas partes, á algunas cosas.

La soledad es un sueño irrealizable en estas ciudades italianas, bien lo sé. Entre lo bello por la historia ó por la estética y el contemplador, se interpone siempre un grupo de turistas (el turista es un acridio que devora rápidamente la flor de la emoción estética y en sus diálogos, observaciones, lecturas y vaivenes, torna árido el campo de la belleza). Mi sensación es que los turistas son americanos, mejor dicho son americanas; en las cimas de los campaniles, al pie de los monumentos, en las cornisas de los coliseos, en las criptas de las basílicas, en los rincones de los camposantos, en el fondo de las catacumbas, á la orilla de los golfos, en la ribera de los lagos, en las isletas de los ríos, en el brocal de las fuentes, allí están, bonitas á veces, á veces feas como peregrinas mejicanas, siempre parleras, jamás conmovidas, con el eterno Baedeker en las manos, el rojo Baedeker á un tiempo útil y odioso; toda la Italia artística me pareció enferma de escarlatina, tanto así la ví pringada de manchas rojas, gracias á la profusión hormigueante del consabido librito escarlata.

Los guías son ultrafastidiosos también, pero necesarios á veces para ahorrar tiempo, y divertidos con frecuencia; á mí me divertían con sus descripciones enfáticas, sonoras y absurdas casi siempre. A otros los enojan: á mi buen amigo Pancho Icaza lo encienden en ira; los acribilla á sarcasmos y á insultos interdentales; algunas veces su cólera hace explosión en el rincón de una iglesia ó de un alcázar: «Pero, hombre, está usted loco; este sepulcro es del siglo XV,» decía Icaza, en Toledo, á nuestro sacristán cicerone. «Perdone usted, respondía el apostrofado, es del XIV.» «Pero, permítame usted, replicaba Icaza, no sea usted bárbaro; no ve usted que es de D. Alvaro de Luna.» «Sí, sí, triplicaba el guía, D. Alvaro fué favorito del rey que lo hizo degollar.....» «Eso es, terciaba yo, con espíritu conciliador, eso es, pero se mandó hacer su sepulcro antes de morir; un siglo antes.» El sacristán se inclinaba agradecido y triunfante y el Secretario de la legación de Méjico, me decía furioso: «Hombre, con usted no se puede tratar nada en serio.»

Lo que había visto en Roma en la mañana del día en que visité á Adelaida Ristori, era «el Jesús.» El edificio en verdad no tiene imán, no dice nada ó dice poco, por fuera. Vignola lo hizo (no tengo á mano modo de rectificar) y este correctísimo señor, que era para los estudiantes de arquitectura de mi tiempo, lo que el Vinio ó el Heinecio para los de derecho romano, fué muy clásico y muy bien y nada más; quizás eso basta, acaso no. En honor de la verdad, yo creí mucho tiempo que el Viñola era un libro; pero ya veo que no: era un arquitecto ordenado como un libro.

Por dentro el Jesús es espléndido; todo jaspes y mármoles ricos; todo oro, todo ostentación de brillo y lujo de advenedizos, que á fuerza de amplificar el arte del cincelador de

la joya y del relicario, arte nimio y sutil de orífice y esmaltador, hasta darle gigantescas proporciones y revestir con sus orfebrerías una basílica, lograron crear una forma artística nueva. Discutible y discutida, sin duda; todos recordamos la irónica é implacable aversión con que describe Taine el estilo lindo, mundano, amanerado, alambicado del Jesús, y en general de las obras de arte jesuítico. Y tiene razón, es un arte de decadencia, le faltan la sencillez, la armonía, la majestad del arte helénico y la exuberancia serena y sana, hecha de fuerza y de gracia, del arte del Renacimiento. Es cierto, pero es encantador, es adorable; yo tengo lagunas en mi sensorio estético; á mí me gusta Bernino y sus grandilocuentes declamaciones teatrales de bronce y mármol; me gusta Canova y algunas veces profundamente (y en esto Stendhal es de mi opinión contra la de Taine); las dos figuras en bajo relieve del sepulcro de los Estuardos, en S. Pedro, son simplemente divinas; y me gusta «el Jesús». Decididamente, decimos en francés, tengo mal gusto; es el que tengo. «Nemo dat quod non habet» como perogrullaba en su latín al alcance de todos uno de mis maestros de derecho.

Del estilo de los plateros aplicado á la arquitectura y á la alta escultura, al gongorismo frecuentemente detestable de Churriguera, ¡qué caída, qué cascada de formas, qué alteraciones de líneas al capricho del dibujante, qué transformación de los graves y elegantes órdenes clásicos reducidos á ornamentación pura, á puro accidente en un laberinto dorado de flores y florones, capiteles de fantasía complicados de festones de quimera, vainas de oro que aprisionan y deshacen los fustes de las columnatas, al margen de los nichos y hornacinas habitados por figuras policromicas de santos en éxtasis! De aquí esos gigantescos retablos que parecen ostensorios esmaltados de colores por las imágenes; verdaderas «iconostasias» que bajan al nivel de los altares desde los arcos de las bóvedas y que parecen escalas místicas de Jacob soñadas por monjas histéricas.

Más sobrios, más correctos en su enorme profusión ornamental, son estos altares del Jesús, el de la capilla de San Ignacio, sobre todo, que es típica. La impresión es que todo está revestido de ornamentación de oro y mármol, desde la urna de bronce riquísima que guarda las reliquias de ese caballero andante de la Virgen María, hasta las figuras coronantes de la Trinidad beatífica que admiran el globo sin par de «dápislázuli» que representa al mundo y que es un regalo de la Compañía de Jesús al Eterno Padre. San Ignacio (escultura en plata), brilla en su gran aureola de metal.... Y á mí me encanta todo eso.

Allí, junto al altar mayor, me encontré con la tumba del cardenal Bellarmino; pedíle risueñamente perdón mental por las injurias personales que en mis mocedades le había dirigido; y una vez que me sentí perdonado por el grande y bondadoso señor, me fuí saliendo de aquel relicario de oro, ofuscado y contento. Aquello me había gustado mucho.

El afán de irreverencia y desacato que caracterizaban la época en que fuí adolescente (la Intervención, el Imperio, la Restauración), afán que circulaba en nuestras venas, puesto que estaba en la atmósfera que respirábamos, como polvo levantado por gigantesca torre derrumbada, nos hacía cometer actos irrespetuosos, generalmente estúpidos, con cierta frecuencia. Yo tenía por un retrato del cardenal Bellarmino que había en mi colegio, antigua casa de Jesuitas, una aversión especial. No sabía quién era aquel sabio cardenal jesuí-

ta, fundador del ultramontanismo; mi profesor de lógica me había dicho que era un «mochó» (mote que, según me explicaba, era una contracción de «mochuelo»), y eso no habría bastado, si su actitud, si su mirada no me hubiesen inspirado el deseo de faltarle al respeto. Lo hice clandestinamente; le transformé los bigotes, le pinté un gran «puro» en la boca, ¡horrores y estulticias! Mas no puedo olvidar el miedo con que lo hice; aquel fué un acto más heroico que bárbaro; yo temblaba cuando detrás de la máscara grotesca de que lo había decorado, adivinaba el verdadero retrato, el que tenía fijo en la memoria, su mirada severa que me abofeteaba y me hacía poner colorado. Por eso cuando tropecé con su sepulcro, le pedí perdón, entre risueño y temeroso.

«Tempi passati,» me decía á mí mismo suspirando, mientras, á pie, por el «Corso Vittorio-Emmanuele,» me encaminaba hacia la casa de nuestro Ministro en Roma, con quien iba á almorzar. ¡Tiempos pasados! esa exclamación resume todas las sensaciones que Roma produce en quien pasa, en quien se va, en quien se queda. Hasta lo presente, hasta lo actual parece visto allí en una perspectiva cuyo fondo es la historia humana; todo aquí es el pasado, hasta el porvenir. Todo vive de lo que ha muerto. Roma es como la naturaleza; la vida es una perenne transformación de la muerte. Por eso es triste y divina. Una mujer joven, un niño, una flor, un canto de hoy, nacen aquí con una pátina de tiempos idos que encanta y enerva; todos parecen envueltos en una impalpable atmósfera de siglos muertos.

Cuando llegué al palacio Giacomelli estaba transido de frío, á pesar del espeso gabán y de la caminata. Entré y un tibio y afectuoso ambiente de hogar mexicano me envolvió como una caricia. En aquella casa era yo siempre el bienvenido, quizás porque los señores adivinaban cuánto los quería yo y todo lo que para mí significaban de familia y patria ausentes. Gonzalo un poco triste y delicado de salud, pero amable, cumplido y elegante y pulcro como nadie; su esposa deliciosamente dulce y buena. Las horas allí me parecían minutos.

Después de almorzar á la italiana, con sabrosísimos quesos y exquisitos vinos de oros y rubíes, que olían á recuerdos de Horacio, y luego de una conversación llena de añoranzas y hecha de repasos de la juventud, la inatrapable fugitiva, llegó la hora de nuestra visita, y en unos cuantos minutos estuvimos en la casa señorial de la señora marquesa Capránica. Subimos, nos anunciaron, entramos en un salón confortable, artísticamente decorado con reliquias de triunfos y homenajes de vencidos y subyugados, y en el mismo instante se presentó una anciana risueña y cordial, envuelta en sus paños de invierno, velada casi la plateada diadema de los años por una cofia de blondas negras, más corta de estatura que cuando esculpía en nuestro sensorio las figuras divinas de Fedra y Medea y Lady Macbeth, hace más de un cuarto de siglo, en el escenario mejicano; pero con un lampo de luz joven todavía en la mirada. No sin emoción la besé la mano, recordando que, en premio de unos versos, me había dado antaño un par de grandes besos en las mejillas..... «¡Tempi passati!»

De todo ello hablamos, á todo volvimos; Gonzalo, á quien estima mucho, y yo, nos encargábamos de ir despertando alternativamente sus reminiscencias, y poco á poco aquella vieja decoración del Méjico de 76 ascendía en el escenario de su memoria y se precisaba casi, aunque un poco pálidamente. A mí me re-

cordaba poco, algo más mis versos: allí los tiene, en su Biblioteca, en el tomo de sus recuerdos de Méjico; una Biblioteca de muchos volúmenes, perfectamente ordenada. De Altamirano, mucho; la acentuadísima fisonomía intelectual y física de aquel hombre que parecía un bronce recién salido del molde, antes de enfriarse, no inmutable como Juárez, sino infinitamente movable, como la pasión, había causado impresión honda y profunda simpatía en la Ristori. Del Sr. Lerdo, que fué, como solía, admirablemente fino y galante con ella, se acordaba bastante: y llovían las preguntas y las insinuaciones y de todo, sin esfuerzo, por solo el dón de la admiración retrospectiva y de la emoción presente, hacíamos brotar una flor que dejábamos á los pies de aquella mujer genial que decía que todo el secreto del artista consistía en buscar el alma de la obra dramática y crear con ella una realidad: entender, comprender, he aquí el secreto; comprenderlo todo, todo, y hacer con eso un ser que viva..... nos repetía.

* **

Le hablamos de las grandes visitas que había tenido la escena en Méjico, de Sarah Bernhardt: para ésta no hay medios, ó es divina ó es insoportable; ó es Doña Sol y Margarita Gautier..... Y Theodora, añadí. Sí, es verdad, continuaba la señora, pero Theodora es un gran escenario dramático más bien que un drama. O insoportable, seguí, insoportable como en «l'Aiglon.» Nuestra interlocutora no había visto «l'Aiglon.» Le expliqué que Sarah allí era una calamidad á mi entender.

Recordó del París de sus tiempos, la pasión «paternal» que el gran viejo Dumás había sentido por ella: temperamento de fuego como el de Altamirano, decía; y su rivalidad con la Rachel, que tomó la importancia de un episodio histórico en los anales del segundo imperio. Hablamos de Eleonora Duse: no la reemplaza á usted, señora marquesa, la sucede, dije yo para preparar con esta adulación lo que iba á decir. Ella, muy curiosa de mi impresión, me obligó á detallar un poco, á analizarla por vez primera. No lo había hecho cuando ví á la diva en Madrid. Me dejó fascinar por ella sin buscar el porqué; la ví enferma, obligada á detenerse en los muebles cuando recorría la escena, y creo que ese aspecto de histérica, bajo la diadema negra empenachada de blanco, tal como la describe el autor de «Il Fuoco,» añadía intensidad al efecto que en el auditorio causaba.

La verdad es que de las artistas supremas que he visto, Ristori «in capite,» y Sarah y Caron (una cantante que es una maravillosa actriz) y Sada Yako, ninguna había tomado tan profunda posesión de mi «emotividad,» que dice Ezequiel Chávez, como Eleonora; es el arcángel de la emoción escénica.

No tuve empacho en manifestarlo así. Sí, afirmó, la Ristori, es admirable á veces. En «La Mujer de Claudio,» incomparable. Yo la prefería en «Margarita Gautier,» en la «Gioconda.» Esto sí me guardé bien de expresarlo.—Por acá viene, siempre que está en Roma, proseguía diciendo la señora, deseosísima. de continuo, de conocer mi opinión sobre el modo con que interpreta tal ó cual papel; entra como un huracán, me acribilla á interpelaciones y á veces, sin esperar mis respuestas, me besa las manos y se va. Es una soberana nerviosa.—Sí es una soberana, añadí, forjando un leve retruécano, una soberana que es una esclava; é hice alusión á D'Annunzio.....

Rápidamente pasó del francés al italiano y más á sus anchas nos habló de sus hijos, de sus netezuelos, del susto que había tenido el día del asesinato de Humberto..... Su hijo el marqués, chambelán de «la Regina» (la Regina es Margarita de Saboya, y á fe que pocas mujeres lo han sido tan completamente como ella, por el amor, por el espíritu, por el infortunio), á quien conocimos en Méjico, jovenzuelo elegante y barbilindo, estaba en Roma en el momento del crimen; alguno le trajo la noticia, saltó del lecho y corrió al teléfono; la campanilla telefónica rabiosamente tocada despertó á la señora Ristori; el tiempo de po-

nerse una bata y correr. ¡Qué pasaba! La espantosa palidez de su hijo le revelaba una funesta noticia, pero del diálogo trágico que iba y venía por los hilos eléctricos no sorprendía más que un extremo cada vez más horrible, más doloroso... Ella creía que algo había pasado en la familia de su hijo, ausente en aquellos días; una desgracia, uno de los niños enfermo, muerto quizás..... Y la pobre abuela se volvía loca de angustia y el marqués no contestaba, imponía silencio con la mano, su voz temblaba, no quería perder una sílaba... Por fin habló: «é ammazzato il ré»... ¡Horror! (Ya me figuro el grito: nadie ha lanzado estos súbitos gritos trágicos como ella.)

Y cambió entonces la escena, iba yo á decir, y nos habló de la reina, cómo había recibido la noticia, su espanto, su agonía, y luego su vuelta á sí misma, su entereza, su regia serenidad salpicada de lágrimas, el pobre hombre expirando en sus brazos sobre su traje de fiesta, sobre el regazo de raso blanco salpicado de sangre..... Se había levantado; su voz un tanto velada y sorda, recobró su limpieza de acero y vibraba como una espada..... Cuando concluyó su relato, se asombró de sí misma, de sus lágrimas, de su emoción admirablemente comunicada, de nuestro aspecto de admiración temblorosa y pálida..... Gonzalo aplaudió, yo estaba inmóvil: había visto, en aquel momento, la última gran escena de la última gran trágica; porque ella fué la postrema encarnación de la tragedia clásica, porque otras, otras geniales han humanizado la tragedia, la han bajado del templo, la han metido entre nosotros, la han hecho más dolorosa: ella es la única, es la última que le conservaba su sello divino, su carácter augusto: al pie de su escenario se alzaba el ara de Dionisos, la «thymelé.»

* **

En otro saloncito pulcro, sencillo, hecho «ad hoc» para la conversación íntima, para saborear la música, para paladear los versos, nos esperaba Bianca, aquella Bianca deliciosamente gentil, para quien el Méjico elegante de hace veintiocho años fué todo miel y flores... Doña Blanca, como todos la llaman, es una figura ideal, su cabellera precozmente plateada, encerrando en dos bandas lisas y sedosas el óvalo fino y puro de su rostro blanquísimo, levemente sombreado de rosa, sus ojos claros y serenos como un madrigal de Gutiérrez de Cetina, su voz dulce y fresca como un hilo cristalino de «acqua vergine,» su esbeltez, su traje, todo en la «marquesina» era poético, era una evocación de arte de los tiempos en que Luini y Botticelli pintaban sus madonas y sus santas. Se busca involuntariamente el círculo intangible del nimbo sobre la cabeza de Doña Blanca.

Nos sirvió una taza de té y hablamos, hablamos..... Primero de Méjico, por supuesto; en ella más que en la madre el recuerdo es preciso.

Los paseos, Chapultepec, las muchachas mejicanas de la sociedad rica ó ricacha de entonces, su amabilidad exquisita («impareggiabile,» dice Doña Blanca), el camino de Veracruz á Méjico, todo lo recuerda minuciosamente. Deslicé cierta pregunta indiscreta. ¡Oh! sí, me han dicho, repuso, que ya es un anciano casado, con muchos hijos, que vive en París; nunca viene á Roma? Sí, la informó Gonzalo, pocos días ha estuvo aquí.—¡Oh! ¿por qué no me vino á ver? Cuánto gusto habría tenido, él y su hermana, tan buenos amigos nuestros! Y el alma pura de Doña Blanca se veía en el fondo de sus ojos como una concha irisada en el fondo de una ola en la playa.

La conversación se orientó poco á poco hacia el arte dramático y volvió á la Duse, «la de las bellas manos,» que dice el autor de «Gioconda» (no de la Gioconda de Da Vinci). Hablé de la extrañeza que en Madrid me había causado ver á la soberbia artista representar con profundo amor, precisamente en la Gioconda, el papel de Silvia, que encarna la lucha ibseniana entre el deber impuesto por la necesidad social de conservarse y vivir, y la

aspiración del artista hacia un mundo superior (ó inferior, ¿quién sabe?) de sensualismo é idealismo á la vez: la perenne batalla que riñen en el corazón de los poetas y de todos los hombres de arte, el amor simple y silencioso como la abnegación y el sacrificio de la mujer que representa la noble y santa prosa del hogar, y el otro amor, el de la ruptura de los vínculos, el de la libertad y del placer, que no es más que el amor de sí mismos, que es el más feroz, aun en la trágica sublimidad que asume á veces, el más feroz de los egoísmos. Y volviendo á la Duse, decía yo cómo después de escrito «il Fuoco,» en que D'Annunzio pasea en un maravilloso carro de sedas y pedrerías á la noble artista para mostrar á todos las infinitas tristezas de sus desnudeces marchitas de alma y cuerpo, puede ella ponerse en contacto con él, interpretando con tanto entusiasmo sus obras.....!

Misterios, misterios del alma femenil; siglos y siglos de esclavitud dejan esos sedimentos turbios en el fondo de un ser... Y recordaba yo lo que había visto frecuentemente en mi tierra: una mujer herida y pisoteada por un hombre, volverse airada contra su salvador..... Pero había ido demasiado lejos; la pudorosa mirada de Doña Blanca me indicaba todo lo que la repugnaba el espectáculo que evocaba ante su vista. ¡Oh! yo nunca leo á D'Annunzio; sus libros están excluidos de mi biblioteca. Sé por sus versos que es un gran poeta, pero más bien un artista, porque yo no comprendo á los poetas sin corazón y en este hombre no hay corazón.....

Así dijo. Y ya había venido la noche, y el resplandor de las chimeneas luchaba con sus reflejos en las ventanas con los últimos besos grises del crepúsculo, cuando dejamos «à régre» aquella casa en que rendían culto á lo bello y á lo bueno, inseparablemente, dos nobles mujeres: una que venía lentamente de un paraíso de triunfos, de glorias; otra que lentamente subía con su blanca aureola en la cabeza hacía el paraíso del ensueño.....

Justo Serran

DE "ODAS BREVES"

Beatus ille . .

¡Dichoso aquel que, lejos del aire corruptor de las ciudades, atiende á los consejos de Dios y á las verdades del claustro en las calladas soledades!

—El que, en celda bendita, —centro de paz— como su propia casa, muy sosegado habita;

goza dicha sin tasa, y, á solas con su Dios, la vida pasa;

Que, á un lado la riqueza dejando, cifra su mayor tesoro en sólo la pobreza; y tiene á gran decoro unirse de los ángeles al coro.

No de su celda al muro el ruido mundanal furioso llega; en Dios vive seguro; vela sutil despliega, y por el mar de la oración navega.

¡Qué es verle divertido, del bosque entre los árboles cantando, y luego embebecido el cielo contemplando, quedarse cual la tórtola llorando!

¡Oh dulce apartamiento do es venturosa del mortal la suerte! de paz divino asiento, ¿quién no habrá de quererte? ¡dulce es la vida en tí, dulce la muerte!

FEDERICO ESCOBEDO.



EL NUEVO MINISTRO DE MÉXICO EN BÉLGICA.

La Comisión Permanente del Congreso de la Unión acaba de ratificar el nombramiento con que el Sr. Presidente de la República se sirvió honrar al Sr. Lic. Don Emilio Pardo (jr) para que, con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, represente á México en Bélgica y los Países Bajos.

El nuevo Ministro lleva una importantísima comisión ante el Tribunal de la Haya.

El Sr. Lic. Pardo hizo sus estudios preparatorios en la Escuela de San Ildefonso, y se tituló abogado en la de Jurisprudencia, cuando apenas contaba veinte años, tras una brillante carrera.

Poco después, y durante algún tiempo, el notable juriconsulto redactó, con el Sr. Lic. Pablo Macedo, el periódico de Jurisprudencia «El Foro», y más tarde pasó á desempeñar un empleo en el Ministerio de Justicia, el que dejó vacante para servir como adjunto del Procurador General de Justicia de la Nación y del Fiscal de la Suprema Corte.

Al inaugurarse la Administración del Sr. General Díaz, fué llamado á ocupar un puesto prominente en la misma Secretaría de Estado; fué después Agente del Ministerio Público, adscrito á los juzgados del ramo civil; y sirvió como catedrático en la Escuela de Jurisprudencia, de la cual era uno de los alumnos fundadores, la asignatura de Derecho Constitucional comparado.

En 1878 fué electo Síndico del Ayuntamiento de la Capital y designado para dar la clase de Derecho Constitucional y Adminis-



SR. LIC. EMILIO PARDO (Jr).

trativo en la Escuela Superior de Comercio y Administración, en donde posteriormente obtuvo por oposición la de Derecho Comercial, Consular y Marítimo.

A su regreso de un viaje á Europa y á los Estados Unidos, salió electo Diputado al Congreso de la Unión, del cual ha sido presidente en varias ocasiones. Ha tomado participación activa en casi todas las discusiones importantes de la Cámara, á contar del año de 1886, formando parte de las Comisiones de mayor significación; y al ultimar el Señor Ministro de Hacienda el arreglo de la Deuda Pública, fué uno de los miembros de la Comisión liquidataria y estuvo á su cargo el reconocimiento y la conversión de la Deuda Interior.

Ultimamente integró la Junta de Beneficencia privada, encargo en extremo honorífico.

Por lo demás, el Sr. Lic. Pardo ha influido mucho en el movimiento literario jurídico, y trabajado con empeño por el adelanto de la ciencia del Derecho en el Colegio de Abogados de México, del cual es Secretario hace muchos años, y en la Academia de Legislación y Jurisprudencia, de cuya junta de gobierno ha formado parte desde que fué fundada. Es también miembro correspondiente de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia de Madrid y de la Sociedad de Legislación Comparada, de París.

En la conferencia Panamericana se le nombró Presidente de la Comisión de Arbitraje, y sus trabajos fueron de lo más meritorio.

LOS PELELES

Y LA ESTADÍSTICA
DE LA MORTALIDAD

Las reiteradas exhumaciones de peleles que han venido verificándose, y las más numerosas aún que amenazan realizarse á corto plazo, darán ocasión á un trabajo inmenso de rectificación estadística y llegarán á desvanecer, así lo esperamos, la calumnia que pesaba sobre nuestra salubridad pública. Ya era extraño, en efecto, y casi rayaba en lo absurdo, que á una altitud de más de dos mil metros, bajo las auras más tibias y el cielo más puro y más azul, que, por un lujo de coquetería ha dado en engalanarse de suntuosas púrpuras crepusculares, lejos de florecer y de fructificar la vida, fuera tan efímera, hubiera de extinguirse tan pronto y hubiera de ser tan desfavorable nuestra estadística de la mortalidad.

Médicos, higienistas y sociólogos perdían los bártulos computando los tantos por ciento formidables de las estadísticas mortuorias, y los gobiernos, los Consejos de Salubridad y los concejos con «e», se arruinaban en obras de saneamiento, se consumían en meditaciones trascendentes á ese respecto, y la prensa sugería medidas y desenvolvía proyectos, así como las academias científicas bosquejaban explicaciones y formulaban imputaciones sin lograr esclarecer el arcano.

Hoy todo se comienza á explicar y se va pudiendo comprender. Esas muertes, en mucha parte al menos, son muertes de pega, muertes camama; no son, como decía el otro, «verdaderos» muertos, sino simples peleles, formas engañosas de cadáver, moldeadas en cartón ó esculpidas en zompantele.

La sangre nos va volviendo gradualmente al cuerpo al considerar que un buen tanto por ciento de la mortalidad corresponde á los peleles, que esas tumbas que los sepultureros cavan con afán, encierran simples muñecos, que esos monumentos, suntuosos los unos, modestos los otros, esas cruces funerarias, esas inscripciones piadosas ó tiernas, son, no homenajes del viudo á la difunta esposa, ni del huérfano al padre extinto, del amante á su amada desaparecida, sino tan sólo señales visibles de una estafa y signos exteriores de bur-las sangrientas á las Compañías de Seguros.

Estas, «de seguro,» no están contentas y aun han dado señales de desagrado; pero en cambio, qué satisfacción, y qué orgullo y qué tranquilidad de conciencia para las Agencias de Inhumaciones, que ven prosperar su negocio y elevarse la cifra de sus transacciones sin que en ello medie muerte de hombre ni peligro para la propia ni para la existencia de los seres queridos!

Hay, en efecto, un amargo resabio y cierta profunda melancolía en el regocijado frotamiento de manos de quien redondea su fortuna á costa de la vida humana, de quien mide las utilidades de su trabajo por los dolores ó las angustias de los demás, y de quien gana la subsistencia á expensas de la existencia ajena.

Y cuando los agentes de inhumaciones, los empresarios de panteones, los sepultureros y los fabricantes de cajas ó de lápidas mortuorias, por un capricho de la suerte ó por la genial habilidad de una banda de timadores se encuentran de improviso con que la demanda de su trabajo aumenta, sus negocios prosperan y sus utilidades se acrecientan sin necesidad de que la peste diezme la población, ni la epidemia siegue vidas ni amenace la pro-

pia, deben sentirse satisfechos de sí mismos, y del fondo de su corazón tiene que surgir un sentimiento de gratitud y amor á los inventores que quitan á su trabajo y á su profesión todo cuanto tienen de amargo y de triste, sin quitarle nada de cuanto tienen de lucrativo, antes bien, acrecentándolo.

Si yo fuera artesano, sería fabricante, sastre, modisto, zapatero ó mueblero de muñecos. Debe ser, es sin duda delicioso, trabajar para hacer la felicidad ajena, para proporcionar placcres y recreaciones dulces. Es ése el placer supremo y la noble satisfacción del artista. Crear para que otros gocen, trabajar para que otros vivan, aliar con la dicha contra la desgracia, con el placer contra el dolor, con la prosperidad contra la miseria, con la vida contra la muerte; nada más noble ni más grande. Así se santifica el trabajo.

De estas altas satisfacciones estaban privados hasta ayer aún, los tristes artesanos de la muerte. Podían trabajar honrada, pero no alegremente; con conciencia, pero sin regocijo; entre las brumas de la tristeza, mas no bajo las radiaciones de la alegría. Trabajaban llorando ó suspirando, nunca riendo y cantando.

Hoy las cosas han cambiado. Ya se puede llevar música de cuerda á un entierro; cavar tarareando de satisfacción una fosa; instalar entre risas y chacota una capilla ardiente. Ya los muertos no son seres queridos que desaparecen, sino fortunas que llueven del cielo; ya no plantean ante el espíritu los aterradores problemas del más allá, sino sugieren tan sólo proyectos de inversión lucrativa, planes de organización de tamaladas; ya no tienden en medio de la vida ese crespón que todo lo enluta; hoy abren horizontes indefinidos de placer y de prosperidad.

Desde el momento en que lo único que muere y lo único que se entierra son peleles y que cada uno al irse como los niños al venir, trae su torta bajo la forma de una buena póliza de seguros, ya no hay por qué llorar ni por qué gemir, al contrario «gaudeamus!» gocemos, seamos felices y exclamemos como en las defunciones de los reyes:

¡El pelele ha muerto!

¡Viva el pelele!

Y es tanta y tan grande la injusticia humana, que á los Balmori, Madiedo e «tutti quanti» no se les tendrá en cuenta el bien que nos han hecho, la tranquilidad que en punto á mortalidad han traído á nuestro espíritu, sustituyendo á la muerte una parodia y sacando de lo siniestro lo risible.

Gracias á ellos, lo que muere no son ya los hombres, sino sus nombres; lo que se entierra no son seres, sino efigies. ¡Y vamos á darles como recompensa la bartolina!

Dr. M. Flores.

AYER

¡Oh nieve del verano! ¡Oh mariposas blancas!
Que batáis en su huerto vuestras alas de plata
Como lucientes velas en un mar de esmeralda.

¡Oh pájaros salvajes que amáis el infinito
Y veníais en las frondas á colgar vuestros nidos
Donde pasar la noche bajo los altos pinos!

¡Oh indómita parvada de incansables insectos!
Los de zumbidos graves que en el jardín discreto
Rimabais en un coro nuestro idilio ya muerto.

Vieja banca agrietada revestida de yerba,
Refrigerio propicio de hormigas sempiternas,
Que el secreto guardabais de ternuras inmensas.

Parra verde y fecunda de ramajes espesos
Que erais arpa sonora al beso de los vientos
Que os azotaban rudos con resoplidos épicos.



Eduardo Colín.

Abajo temblorosas las margaritas mustias
Tiritando de frío con sus hojitas juntas
Que elevaban al cielo como plegarias mudas.

Y vosotros derruídos, pesados paredones
Que os trasponía anhelante de pasión y de goce
Cuando llegaba, lenta, la silenciosa noche....

¡Ventana enflorificada de mohoso enrejado!
Hierros que al fin domaba la furia de mis brazos;
Tiestos frescos y olientes de floripondios blancos.

Y vosotras campánulas, azules campanillas,
Pedazos de aquel cielo extendido allá arriba,
Que subíais presurosas á besar sus cortinas,

Que rozaban las luengas cabelleras flotantes
De los inmensos pinos y de los verdes sauces;
Y vosotras palomas, trovadores fugaces,

Queerais la nota alegre de aquella casa austera,
Desnuda y tenebrosa con su salas inmensas
Llenas de santos viejos y de viejas leyendas.

¡Oh callado edificio, venerable convento!
Relegado al olvido con su paz y su huerto,
Perdonado sin duda por la pica del tiempo.

Y á lo lejos, humeante y erizada de torres,
La ciudad adormida con sus secos rumores
Y, todavía más lejos, en el confín, los montes....



SRITA. ADELA SERRANO.

Y vosotras, de luna limpias noches serenas,
Que alumbrabais mis pasos en las calles estrechas
Que conducían al claustro por intrincada senda.

Y ahí triste, agitado, buscaba con lascivia
La humedad refrescante de aquellas piedras frías
Reclinando mi frente en sus duras aristas.

Y cual fardo, insensible, pasaba largas horas
Al pie de esas paredes, y en una noche lóbrega
Un hombre compasivo me arrojó una limosna.

¡Y tú, mujer, la pálida, la soñadora mística!
Fragante jaramago crecido entre esas ruinas,
Que calmabas amante mis ansias infinitas.

Que te cantaba el numen de mis rimas precoces
Y oías las primeras confesiones de amores
Avergonzadas, tímidas, vacilantes y torpes....

Todo se trae consigo la oleada del recuerdo
Cuando remueve el fondo de aquel dormido ensueño
¡Como la ola salvaje que se empina á los cielos

Llevando en sus espumas lo que á su paso estorba,
Así, jardín sombrío, vieja casa ruinosa,
Os arrastran las olas del mar de mi memoria!

EDUARDO COLÍN.

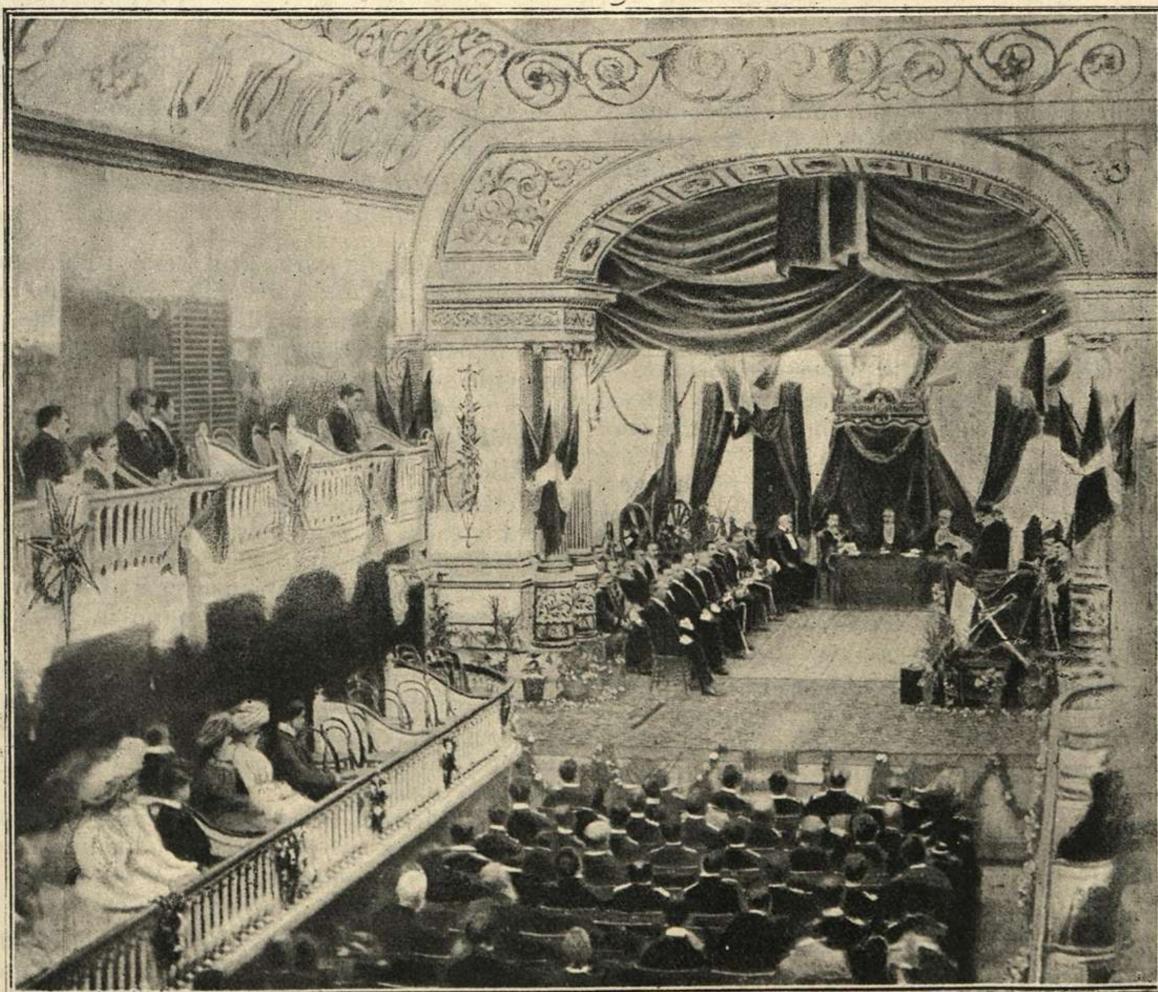
Mención en los Juegos Florales.

CONFERENCIAS CIENTÍFICAS.

La Asociación del Colegio Militar ha inaugurado, con toda solemnidad, la primera serie de las Conferencias Científicas que prescriben sus estatutos y que han de verificarse año por año.

El sábado 7 del actual, con asistencia del señor Presidente de la República y de sus Secretarios de Hacienda, Guerra y Fomento, se celebró la sesión de apertura de la serie, ante una escogida concurrencia. El Teatro del Conservatorio, que fué el local escogido de antemano, estaba primorosamente adornado.

El señor Ingeniero Ignacio de la Barra pronunció un entusiasta discurso de apertura, que fué escuchado con interés y que le valió aplausos y felicitaciones. Declaradas abiertas las Conferencias por el señor Presidente de la República, el Teniente Coronel Don Julián Pacheco, á nombre del grupo de Infantería, dió lectura á un importante estudio acerca del uniforme de campaña que prescriben los reglamentos militares, y de las reformas que es necesario introducir en él.



El Teatro del Conservatorio, en la primera Conferencia.

EL SR. LIC. EMILIO PIMENTEL.

Honramos nuestras columnas con el retrato del distinguido oaxaqueño, Licenciado Don Emilio Pimentel, á quien la opinión pública en Oaxaca, designa como candidato á la primera Magistratura de aquella importante Entidad Federativa, para el próximo período constitucional.

El señor Pimentel se educó en su tierra natal y, durante algún tiempo, desempeñó el cargo de Secretario de Gobierno, con notable atingencia. En México es muy conocido como hombre de valía, y los servicios que ha prestado á la actual Administración, ya como representante de nuestro país en el extranjero, ya como Diputado, ó bien como Presidente de la Corporación Municipal, hablan muy alto en su favor.

Para ser un buen gobernante, cuenta, pues, con los antecedentes más honrosos, y así lo comprenden, en Oaxaca, todos los que de veras se interesan por la prosperidad de aquella rica porción de nuestra República.

Su candidatura se ha recibido con marcadas muestras de simpatía por todas las clases sociales, y los «clubs» no han vacilado en acogerla con entusiasmo.



Rasgó ígneo rayo las brumas:
de blancas nubes circuído,
el sol es un rey dormido
en albo diván de espumas;

Y mezcladas con los trinos
de las aves, nuestras brisas
ráfagas son de sonrisas
entre aljófares divinos!

Va á sus sienes, las que viste
la patria con sus laureles,
el aura que en los verjeles
ronda como un alma triste.

En su pupila, que asoma
cual un signo de pureza,
hay del león la nobleza
y el candor de la paloma...

¡Gloria al bardo! ¡Salvas de oro
ríndale el sol con sus cintas,
y vierta nácareas tintas
el iris con su tesoro!

Cuando en el llano desierto
le ofrezca sombra la palma,
un beso imprima en su alma
la gloria del héroe muerto!

Que ¡ay! el bardo necesita
para que su canto vibre,
admirar la patria libre
en su grandeza infinita;

Y como dejóla esclava,
para obtener albedríos,
ungir su lira en «Dos Ríos»
y jurar en «Punta Brava»

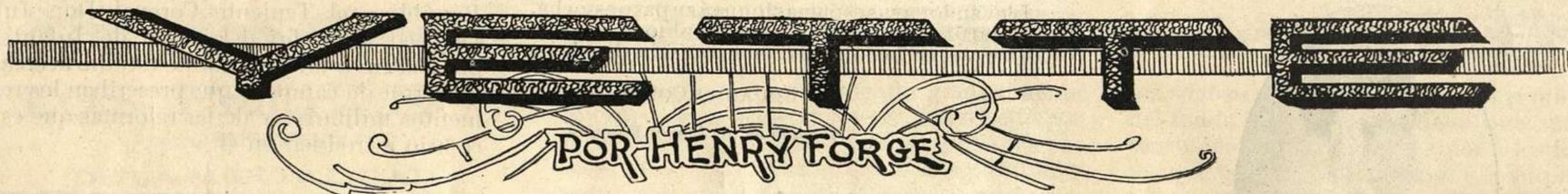
¡Gloria al bardo! ¡Salvas de oro
ríndale el sol con sus cintas,
y vierta nácareas tintas
el iris con su tesoro!

MIGUEL COYULA.

Habana. — Abril 1902.

LA VUELTA DEL BARDO.

Retorna libre el poeta:
al pisar el patrio suelo,
brinda á la región del cielo
sus perfumes la violeta.



I

Como su nombre pequeño, contenido en una sílaba, en un soplo casi, Yette, de diez y ocho años, era una niña fresca y graciosa, las manos finas, la boca mignon, pero sus grandes ojos rasgados—dos luceros—iluminaban radiosamente su rostro y hacían á Yette tan linda, tan linda, que, por todo el pueblo, hasta las mujeres, cuando la encontraban, se volvían encantadas y murmuraban:

—¡Miradla pasar: es la primavera! Esta primavera estaba hecha apenas de gemas y retoños; ninguna flor de amor había abierto en este nuevo y pequeño corazón.

Yette nada conocía de la tierra si no es que había sobre la tierra sol, canciones y alegría.

Desde por la mañana hasta por la tarde se la oía cantar, y en su morada, dichosa por ella, su risa era una continua cascada de notas ligeras.

—Hija, decían los vecinos, una niña tan preciosa como tú, no debe casarse más que con un rey.

—¡Dejadla! ¡dejadla! gruñía su abuela. Ella se casará según su corazón. Eso será lo mejor!

Una mañana de abril, Yette recibió, por mensajeros misteriosos, dos cartas, una azul, la otra rosa.

En la primera le decían morir de amor por ella. En la segunda, le juraban matarse si no quería conceder su mano.

Los bellos ojos de Yette se velaron.

¿Era eso el amor?

En el fondo de su corazón, alguna cosa de

extraño, de incierto, pero muy dulce, acababa de vibrar.

Y la preciosa Yette, que antes sólo pensaba en reír, ahora soñaba.....

II

El autor de la carta azul, era Juan, un guapo mozo de fino mostacho. Nunca había hablado á la joven sino de cosas indiferentes, pero repentinamente su memoria se ilumina y recuerda sus enrojecimientos súbitos, sus maneras torpes, sus miradas confusas cuando se encontraba cerca de ella.

¡El!.....¡Juan!.....por marido!

Yette sonríe; después maquinalmente desgarró la carta en pequeños pedazos, que se esparcieron sobre el suelo.

—¿Después de todo, piensa, por qué no?....

Pero aún tenía en la otra mano la carta á medio abrir.

Estaba firmada por Pedro, un joven del pueblo cercano, pálido y blondo, muy estimado; muchas veces la había encontrado en casa de unos parientes, pero jamás habían cruzado un largo diálogo.

El también la amaba en verdad, y tanto, que era capaz de cometer una locura si no consentía en ser su esposa.

¡Casarse!.....¡ya!

Pedro no le disgustaba. Al contrario, le parecía bueno y sencillo; ¿no sería un goce encantador el de asociarse á su vida?

¡Pero, entonces, Juan?

Yette desgarró la carta rosa lo mismo que

había hecho con la azul, y sus despojos se mezclaron en la alfombra.

La pobre niña se encontraba aturdida.

¿Qué hacer? ¿Qué pensar? ¿Sería necesario responder?

Yette repasa en su memoria todos los acontecimientos de toda su vida; jamás había causado un daño á nadie, y siempre había procurado mostrarse buena y caritativa con todos.

La abuela pasaba.

Yette corrió, le enlazó al cuello los brazos, y le preguntó tímidamente:

—¿Qué habrías hecho si en el mismo día y por distintos lados te hubiesen dicho que te amaban?

La abuela, estupefacta, lleva la mano á sus anteojos para estar bien segura de que es su pequeña Yette la que hablaba así:

—Señora! mignonne, lo que yo habría hecho..... es bien sencillo..... Me habría preguntado á quién de los dos amaba.

Bella solución! Cuál de los dos? Pero Yette no sabía nada. Los dos le parecían muy gentiles y le hacían, después de todo, gran honor pensando en ella.

Aquella noche no durmió, buscando una solución á tan grave problema.

Tal vez Pedro sería el más serio? No era Juan el más simpático?

—Sí, á fe mía! Juan vale más; tanto era así, que hasta pudo pensar en casarse, idea que hasta entonces no le había ocurrido.

Pero qué diría Pedro? No había hablado de matarse si rehusaba? Habría que dejarle morir?

Y cuando muy tarde, Yette quedó dormida, su elección no estaba hecha todavía; allá, en el fondo, sin darse cuenta, á cada uno concedió un pedazo de su corazón.

III

—Yette, tengo que hablarte.

—Qué hay, padre mío?

—Hay que uno me ha pedido tu mano ahora mismo..... Un rico partido..... Yo he subordinado mi respuesta á la tuya, y quiero saber qué es lo que piensas.

Yette se puso á temblar.

—De quién, pues, se trata?

—De Christian, el hijo de mi viejo amigo Claudio, el más rico hacendado de los alrededores.

Qué! Christian, el rico Christian pensaba en ella?

Ciertamente, era un magnífico partido—un partido en el cual soñaban las más hermosas muchachas del pueblo.

Yette gustaba charlar con Christian el día sábado por la mañana, cuando antes de ir éste á la feria vecina, se detenía á tomar una copa de sidra, por tener pretexto de darle los buenos días.

A esta sola idea: que él la había pedido, latía su corazón con violencia.

—Y bien, mignonne?

Iba á responder, pero repentinamente pensó en Juan y en Pedro, asociándolos en su pensamiento contra este nuevo pretendiente.

Los pobres morirían, era seguro, los dos, como lo habían escrito!

La víspera había encontrado á Pedro, que al verla, se puso como una amapola; además, había creído distinguir más de una vez, por la noche, ruido de pasos bajo su ventana, y oculta detrás de la persiana había adivinado la silueta de Juan.

Y su corazón, hasta entonces tan quieto, tan poco hecho á las penas y decepciones, comenzó á librar un combate rudo.

Desde hacía algún tiempo había soñado el amor como la unión sencilla y dulce de dos almas, sin amarguras, sin temores, y he aquí que el amor se le aparecía como una cosa dolorosa, como una batalla que dejaba víctimas sobre el camino.

Y sería ella, la pequeña Yette, tan débil, tan mignonne, la causa de todos estos dramas?

Pasada una semana de reflexión, como su padre insistía en conocer su respuesta sobre el asunto de Christian, bajó la cabeza y dulcemente respondió:

—A qué mentir, padre mío?—Me parece que no sería completamente feliz! Esperad.

Christian al sábado siguiente no pasó, afligido sin duda, y, por su parte, Yette lloró.

IV

Estaba más bella que nunca; sus grandes ojos habían tomado una expresión de tristeza que le caía deliciosamente.

Después de Pedro, después de Juan, después de Christian, otros vinieron que la amaron y se lo dijeron.

Ella habría querido dar su corazón á alguno, vivir, con un compañero bueno y agradable, años venturosos; pero la atormentaba sin cesar el pensamiento de que otros pudiesen sufrir por ella!

Al menos, en tanto que ella no dijera definitivamente «no» á ninguno, todos ellos tenían el derecho de esperar.

Y con esta idea, no se decidía. A cada uno concedía un poco de su ternura dulce y agradecida.

—Es extraño! decían las gentes, la pequeña Yette no se casa! No será, sin duda, por falta de pretendientes! Vuelve la espalda á todos los muchachos del pueblo.

—Tal vez ama. Pero á quién?

Nadie lo sabe.

Pasa el tiempo. Christian se había casado, y hay que agregar que ricamente.

Pedro no se había ahorcado ni echado de cabeza al río. En lugar de esto, acababa de

celebrar sus esponsales con una de sus primas.

En cuanto á Juan, no abandonaba un momento la taberna.

Yette había sabido todo esto, y cada vez había sufrido por ello. Había creído en la palabra de cada uno de ellos, y cada uno de ellos se había llevado un poco de su corazón. Otros, después de juramentos de amor eterno, se habían ido sin volverse á acordar de su palabra.

—Lo ves, Yette, decía la abuela, has hecho bien en no decidirte; el amor de los hombres no dura una hora!

V

Un día se esparció el rumor de que Yette estaba mala, bien mala. La nueva corrió de puerta en puerta.

Por la noche viéronse deslizar sombras hacia la casa donde la joven habitaba. Eran los enamorados de Yette. Cada uno de ellos la había pedido en matrimonio y cada uno de ellos había recibido la misma respuesta incierta, engañosa. Pero era tan bella, tan bella; que á su pesar la amaban siempre en el fondo de su corazón.

El mismo Christian vino oculto en una gran hopalanda para no ser reconocido; no era feliz y sentía á Yette.

Pedro había roto sus esponsales; el recuerdo de Yette estaba vivo en su alma.

Cerca de la puerta estaba también Juan, que había desertado aquel día de la taberna.

Pero ninguno osaba entrar.

Se miraban con desconfianza, celosos unos de otros, pareciendo comprender por qué estaban todos ahí.

Al fin uno de ellos tocó á la puerta.

Una voz triste responde:

—Dejadme, mi pobre Yette se muere!

El viento soplabá cruelmente. Era porque fujeteaba sus rostros ó por otra causa?..... Estos hombres lloraban.

En la casa se oyó al fin un gran grito.

—Ah! todo ha concluído, dijo Christian.

El viento soplabá con más violencia.

Cuando se les permitió entrar, Yette reposaba en sus blancas vestiduras, con un haz de flores en sus brazos. Sus grandes ojos, aquellos que habían hecho que la amasen tanto, estaban cerrados. Solamente su boquita entreabierta conservaba aún una sonrisa.

Los jóvenes, descubiertos, penetraron suavemente en la estancia.

—De qué ha muerto? preguntó uno de ellos.

La abuela no respondió, pero una voz misteriosa murmuró:

—De amor tal vez!

Entonces la abuela, que sollozaba en un rincón de la pieza, se levanta, toma el ramillete que reposaba en los brazos de Yette, y sin hablar, dió una flor á cada uno de aquellos jóvenes.

Traducción especial de "El Mundo Ilustrado."



DE PAUL VERLAINE.

La sombra de los árboles, como el vapor se pierde,
De los tortuosos ríos entre las brumas densas;
En tanto que en el aire, sobre el ramaje verde,
Las tórtolas se quejan.

Viajero: ¡cuántas veces el pálido paisaje
Te vió á tí mismo pálido como la sombra aquella,
Y cuán tristes gemían en lo alto del ramaje,
Tus ilusiones muertas!

TOBIAS JIMÉNEZ.

POPOCATEPETL.

El rey de España concedió á Diego de Ordaz que llevara en uno de los cuarteles de su escudo la figura majestuosa del volcán que asoma su testa blanca por entre las nubes que en Primavera se levantan á pasear por los horizontes del Valle mexicano. Y fué que el audaz aventurero trepó hasta la cima de la nevada montaña y encontró en ella el elemento para fabricar la pólvora que había de conquistar el pasado poderío.

El escudo de Ordaz se borró en todos los recuerdos, y la quebrada silueta de la montaña, luce en otro cuartel que tiene por fondo el azul de los cielos.

Un aeronauta me contó que en su vida de arriesgadas excursiones jamás había visto más hermoso valle que el Valle de México y que era innarrable la impresión de paisaje que le prestaba la presencia de las cimas nevadas. Es seguro que no mentía el aeronauta: es atractiva y muy atractiva la vista del horizonte hacia donde quedan el Popocatepetl y el Ixtacihuatl; parecen majestuosos desposados, que de pie sobre la verde alfombra del Valle, se envuelven en las nubes de incienso del gran templo.....

¡Lástima que en estos últimos días las miradas se hayan vuelto con ansiedad y desconfianza hacia la espléndida pareja! Decíase que el «varón» nos amenazaba, que rugía sacudiendo un penacho de humo, que... el Monte Pelée le había causado celos con su triunfo de exterminio é iba á probar si su poder era tan grande como el del gigante homicida de la Martinica.

Afortunadamente nada hay por ahora menos cierto; el Popocatepetl no presta su boca de fuego para que la cólera de la tierra enferma bata contra la placidez de la vida y plante banderas negras por doquiera.

Lejos de ello, el Popocatepetl tremola un penacho de humo blanco en son de saludo á la pureza de nuestro cielo. Así lo dicen los tranquilos habitantes de los pueblecillos que se recuestan en la falda de la montaña. Cuando se les preguntó si desconfiaban del gigantesco vecino, volvían una mirada casi cariñosa al volcán y sonreían diciendo:

—Mírelo usted, está tranquilo.....

Aquella buena gente ama á la peligrosa montaña, no cabe duda; la aman quizá por su belleza, porque les manda ambiente fresco, porque sus nieves deshechasson caídas de agua y riachuelos, y vida de la vejetación y alegría del bosque.

Oh! si el volcán les jugara una mala partida.....! con cuánta tristeza veríamos la muerte de la risueña comarca! El pueblecillo de las casas blancas y de los techos rojos; la aldehuela que parece que está postrada ante el santuario donde la devoción guarda una imagen venerable, desaparecería triste, muy tristemente. Pero, ya lo hemos dicho, el Popocatepetl no «piensa» por ahora azotar á los que lo quieren; si la tierra se conmueve con una enfermedad formidable, si la serie de catástrofes de estos últimos tiempos ha despertado hipótesis y teorías que ya sólo vivían entre los renglones de los libros de la ciencia étnica, nuestro suelo no sufrirá la confirmación de esas teorías, ni la realización de esas hipótesis, ni el grado de fiebre de la enfermedad formidable.

Y después de esta satisfactoria promesa, que siga el pueblo, sin temores, contemplando las hermosas puestas del sol que la terrible erupción del Pelée nos dejó como espléndida herencia; nuestro Popocatepetl no mandará á otros hemisferios un regalo semejante.

Hay que ir á hacerle una visita de agradecimiento; yo ya vengo de allá y lástima que el buen viejo no tenga manos, sería oportuno estrechárselas.

Luis F. Fernández



Salida de Alfonso XIII rumbo á la Cámara de Diputados.

La Jura de Alfonso XIII

La nota culminante de los últimos días en el mundo europeo, fué, sin duda alguna, la coronación de S. M. Alfonso XIII, llamado á regir los destinos de su país, conforme á la Constitución del reino.

Tan grande ha sido la resonancia de este suceso, que no sólo la prensa española, sino la de todas las naciones principales del Viejo Continente, han llenado sus columnas con relatos de los regios festejos y con ilustraciones que representan los distintos actos á que estuvo presente el joven monarca.

No hay para qué decir que los españoles, como vulgarmente se dice, echaron la casa por la ventana, en ocasión tan solemne, y que la afluencia de provincianos superó en Madrid á los cálculos hechos para dar hospedaje á los miles de visitantes que invadían calles y plazas, ansiosos de admirar los edificios cubiertos con ricas y artísticas colgaduras, los brillantes desfiles de las tropas, y el paso de Don Alfonso XIII y su comitiva.

**

El 17, día en que el Rey entró en su mayor edad, estaba ya terminado el suntuoso adorno de las calles, consistente en multitud de banderolas, guirnaldas, festones y valiosas drapeñas en que predominaban los colores amarillo y rojo. Una soberbia instalación de alumbrado realzaba, por la noche, el soberbio golpe de vista que ofrecían las calles, en donde se levantaron plataformas destinadas al pueblo.

LA PROCESION REAL.

Se formó en la Plaza de Armas para seguir de allí rumbo á la Cámara de Diputados, donde el Rey debía prestar el juramento de fidelidad á la Constitución.

El desfile fué un magnífico espectáculo. Varios heraldos á caballo abrían la marcha, seguidos por una banda, montada también. Caballerangos revestidos con ricos trajes de colores, conducían los corceles. Tras los maceros y los caballos de batalla del rey, marchaba un escuadrón, luciendo uniformes vistosísimos, y que era el que precedía á los carruajes.

Los cócheros y lacayos portaban los uniformes de estilo Luis XVI, bordados de oro y plata, con las armas de las familias nobles del reino. El primer carruaje era tirado por caballos negros, y llevaba en su interior cuatro maestros de armas.

Seguían el coche del gran chambelán de la

corte y los de los grandes de España. Las infantas Isabel y Eulalia ocupaban el siguiente, que iba separado, por un pelotón de la guardia real, del que ocupaban los Príncipes de Asturias, cuñado y hermana del rey. Este carruaje estaba decorado de una manera magnífica.

Un lujoso carro de caoba, vacío, tirado por ocho hermosos caballos castaños, que conducían seis palafreneros, continuaba la serie, estando dedicado á preceder directamente al coche real.

En éste, además del rey Don Alfonso y de la reina Cristina, iba la infanta María Teresa.

Tiraban del carruaje ocho caballos grises, con penachos de plumas de avestruz y ricas guarniciones de color rojo. Los oficiales de la casa del rey y un destacamento de guardias, cerraban la comitiva.

Durante el desfile, desde las puertas del Palacio hasta la Cámara de los Diputados, el joven monarca fué objeto de innumerables muestras de simpatía.

A la llegada, una comisión de doce senadores y doce diputados recibieron á S. S. MM. en las gradas del edificio, revestidas de terciopelo rojo y oro, y precedidos por los maceros, pasaron á las antecámaras, que estaban llenas de cortesanos en riguroso traje de etiqueta, luciendo las condecoraciones y los uniformes los diplomáticos y militares de alta graduación.

LA JURA.

El rey, la reina regente, los príncipes y

princesas de la casa real ascendieron á una plataforma levantada enfrente de la localidad de los senadores, diputados y ministros de Estado. Los invitados extranjeros tomaron asiento á la derecha de los personajes reales, que se sentaron en cuatro sillones dorados. A la izquierda del rey estaba una mesita dorada, donde se encontraba una biblia y un crucifijo de plata, y á la izquierda el cetro y la corona de pedrerías costosas.

Al entrar los personajes de la comitiva, todos los presentes se pusieron de pie, sentándose después á indicación de la reina. Entonces el presidente de las Cámaras, Sr. Vega de Armijo, se acercó á la mesita y dijo al rey: «Señor: las cortes reunidas por orden de vuestra augusta madre, la reina regente, se han reunido para tomar de vuestra Majestad el juramento que, conforme á la Constitución, haréis, de mantener la Constitución y las leyes.»

El Sr. Armijo sostuvo enfrente de S. M. el libro donde se encuentra la fórmula del juramento, mientras que el rey ponía su mano derecha en la biblia, diciendo: «Juro por mi Dios mantener la Constitución y las leyes. Si tal hiciere, que Dios me lo recompense. Si no lo hiciere, que Dios me tome cuenta.»

Durante el juramento, todos habían permanecido en pie, sentándose cuando el rey lo hubo hecho en el trono. Entonces el presidente de las Cortes dijo: «Las Cortes han recibido el juramento que habéis hecho, de guardar la Constitución y las leyes.»

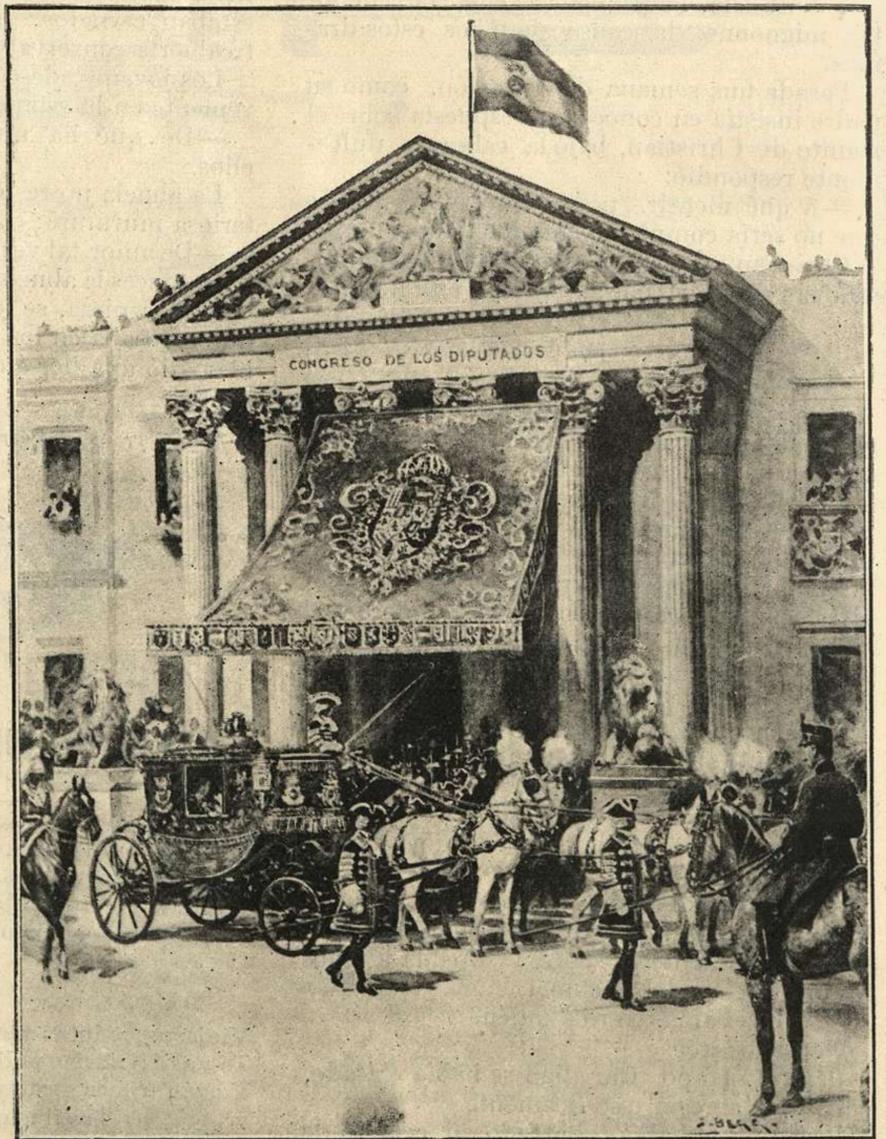
En el mismo momento se dispararon 21 cañonazos, anunciando el juramento.

LA JARRETERA.

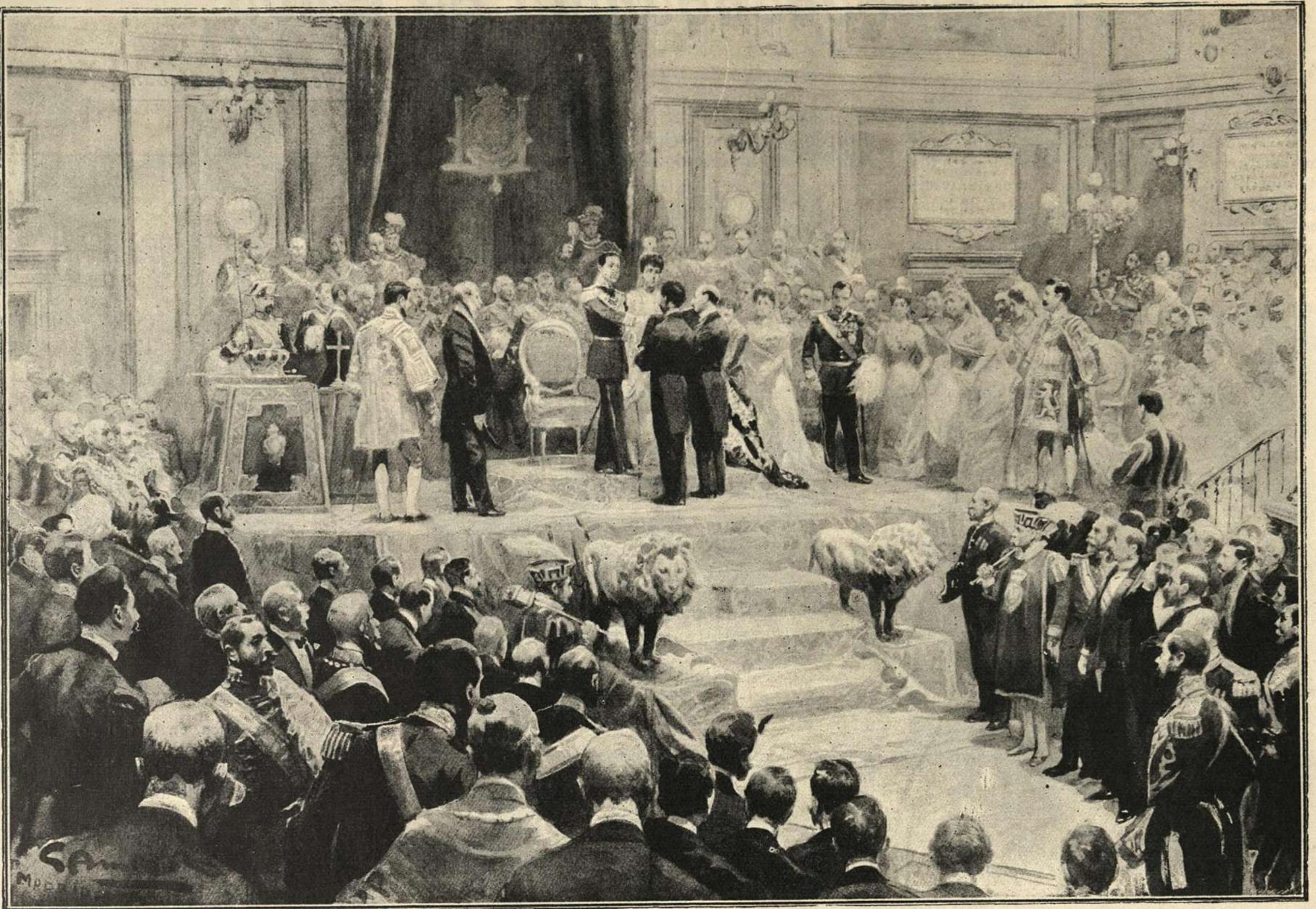
Con motivo del suceso de la coronación, el rey Eduardo VII confirió á Alfonso XIII las condecoraciones de la orden de la Jarretera, comisionando al Duque de Connaught para imponérselas en su nombre.

La ceremonia revistió la mayor solemnidad.

La imposición se verificó el 16 de Mayo. Acompañado el Duque por los miembros de la embajada especial que se nombró para que presenciara las fiestas de la coronación, se presentó en Palacio, donde le esperaba el rey, la



El carruaje real á las puertas del Congreso.



El momento de la "Jura".

reina madre, los infantes y príncipes de Asturias.

El embajador especial leyó un discurso en que se declaraba el nombramiento hecho en favor del rey Alfonso por el rey Eduardo de

Inglaterra, discurso al que contestó el monarca español con otro, dando las gracias por la distinción. Acto continuo, se procedió á la imposición de la Jarretera, que es el distintivo de la orden y que

está formada por una liga de forma especial, con una inscripción, una banda azul oscuro y una placa.

Los acompañantes del duque de Connaught fueron los encargados de llevar estas insignias, que entregaron al rey Alfonso en medio de las ceremonias de estilo.

Poco después se verificó la imposición de las condecoraciones que forman el distintivo de la orden persa de los Agdas, y en la tarde, el príncipe Eugenio de Suecia, en representación del rey Oscar y por encargo especial de este soberano, hizo la imposición de las insignias de la orden real de los serafines. El discurso que pronunció el príncipe con este motivo, estuvo lleno de frases halagadoras para España y para su joven rey.



El Duque de Connaught imponiendo á Alfonso XIII las insignias de la Orden de la Jarretera.

La Princesa Beatriz de Borbón.

Un dramático incidente acaba de conmover al barrio más populoso de Roma. Bajaba una joven precipitadamente los escalones que conducen al muelle del Tíber, cuando de pronto se la vió arrojar al río. Felizmente el arrojado de un guardián municipal pudo salvarla.



Beatriz de Borbón.

Aquella joven desesperada, era nada menos que la princesa Beatriz de Borbón, casada con el príncipe Fabricio Máximo, de una de las más ilustres familias de Italia.

La princesa es hija de Don Carlos de Borbón y de su primera esposa, y hermana de Don Jaime de Borbón.

La Independencia de Cuba

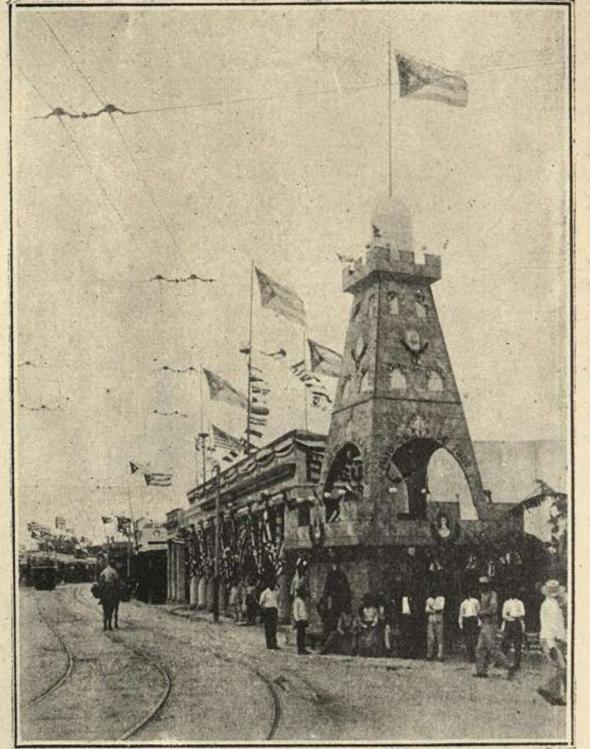
Écos de las fiestas de la Habana.

El entusiasmo con que la Perla de las Antillas celebró su advenimiento á la vida de los pueblos libres; la magnificencia con que recibió á su primer presidente, regando á su paso palmas y laureles, y las inequívocas muestras que ha dado de su alto nivel intelectual, harán, sin duda, que el recuerdo de las fiestas

dirigido correspondencias amplias, en que se resume todo lo que, de principal, hubo en las fiestas, y por las descripciones que ha hecho la prensa, podemos calcular, no sólo hasta qué punto llegó el entusiasmo, sino también hasta qué grado se derrocharon el buen gusto y el sentimiento artístico.



Arco de los Bomberos y monumento á Martí, erigido por el barrio de Tacón.



Monumento á la República, en la Calzada de Monte.

de mayo, perdure en los anales de los grandes regocijos americanos.

Todo lo que en aquella preciosa Isla, llamada á los mejores destinos, significa aliento y vida: el comercio, la industria, la agricultura y los grupos intelectuales, sin distinción de partidos ni de clases, llevaron en ese día á los altares de su patria un voto y una ofrenda: el voto de vivir siempre unidos para su felicidad y su engrandecimiento, y la ofrenda que parte del corazón y se traduce, ora en una lágrima, ora en un pensamiento, ora en el gallardete que luce al sol las galas de sus colores, prendido á la humilde ventana del obrero ó á los altos remates de los palacios.

Nuestro corresponsal en la Habana nos ha

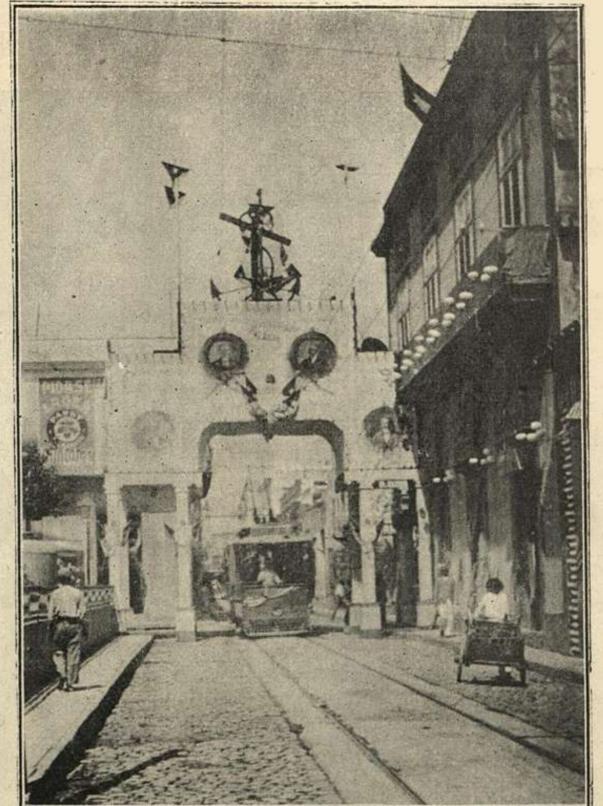
Lo que había más que admirar en aquella orgía del entusiasmo—nos dicen de la Habana,—era el aspecto que presentaba la ciudad revestida con todos los atavíos de una belleza incomparable. La ciudad es ahora—contra lo que era hace cinco años—una población completamente aseada y llena de encantos.

Las calles, casi en su totalidad, se encontraban lujosamente adornadas con cortinas, ban-

una armazón con los colores nacionales en la parte superior y formando una especie de bambalina.

Bombas de colores rodeaban cada uno de esos pequeños arcos, estando asimismo iluminadas casi todas las fachadas de las casas.

En la Puerta de Tierra ó sea plazoleta de Ursulinas, se levantaba el espléndido y majestuoso arco que los vecinos de dicha calle de la Muralla dedicaron al primer presidente de la República de Cuba, según la inscripción que ostentaba.



Arco de la Compañía "El Iris", en la plaza de San Juan de Dios.



Arco de los vecinos de Muralla, en Monserrate.



Arco de la Empresa del Ferrocarril de Villanueva.

derolas y luces eléctricas y de gas, de formas caprichosas.

Todas rivalizaban en gusto y magnificencia. La de la calle de la Muralla era, sin disputa, la mejor de todas, cubierta de cortinas y banderolas. A cada cinco metros se levantaba

Tenía la bandera cubana á ambos lados por las dos caras, hecha toda de luces eléctricas, varios escudos de las repúblicas americanas y el español. Además, una matrona que representaba á Cuba.

Después de este arco, se veía el de la calzada de la Reina, frente al parque de Colón. Era de madera y ostentaba el retrato del señor Estrada Palma.

Toda la calzada de Galiano estaba llena de



Arco de los vecinos de la calle de Obispo.

arcos triples; los del medio con el nombre de algún combate, y en los de los lados con nombres de generales cubanos.

La plaza del Vapor estaba también muy bien adornada: todo uniformemente.

El arco de la plaza de Albear, fué de lo más notable y lo dedicaron los vecinos de la calle de Obispo á la República cubana.

Entre otros arcos triunfales merecen citarse por su belleza el del Cuerpo de Bomberos, el del Ferrocarril de Villanueva, el de la Compañía de seguros «El Iris,» el del Partido Nacional y el de los vecinos de la calle de Muralla.

Fácil es comprender, nos dice nuestro corresponsal, el aspecto que presentaban las avenidas más céntricas durante el día: un mar de gente se agitaba en ellas haciendo casi imposible el paso de los carruajes. Por la noche, el golpe de vista era encantador: millares de luces de los colores rojo y azul y blancas es-

parcían por doquiera su claridad, y, de lejos, la Habana parecía esfumarse envuelta en los tintes de un hermoso crepúsculo.

Los edificios particulares y los del Gobierno estaban también vistosamente adornados: aquéllos con suntuosidad, y éstos con la más severa elegancia. Puede decirse que durante los días de las fiestas no hubo casa, por más humilde que fuera, que no se encontrara en-



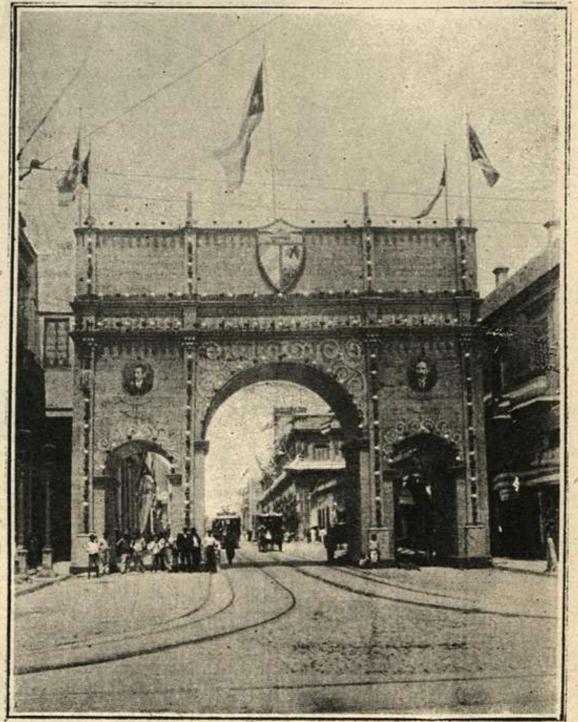
Arco del Partido Nacional, frente al Teatro Albisu.

pavezada con festones y banderolas: el rojo, el blanco y el azul, la enseña cubana, estaban en todas partes.

En la imposibilidad de dar á nuestros lectores fotografías de todos los edificios principales y de los arcos, nos limitamos á reproducir las que ilustran estas planas, con la certeza de que, para formarse una idea de la suntuosidad de las fiestas, son por sí solas suficientes.



Contaron sus tristezas, tiernamente,
Sus ligeros amores, su pasado,
Y sollozó una música doliente
En un tono menor, polieromado.



Arco de la Compañía de alumbrado de gas, en la Calzada de La Reina.

La guitarra lloraba, dulcemente,
Y en sus combas vibrando el encordado,
Sollozó aquella música doliente
En el tono menor, polieromado.

Ella también sufría: femenina,
Se enamoró de un son, nunca escuchado,
De un acorde de luz adamantina,
Y lloró con su música divina
En el tono menor polieromado.

JUAN R. ORCI.



La calle de Muralla, vista desde la de San Ignacio.



Un negrito muy popular en la Habana.

DAMAS TACUBAYENSES



Sra. ELENA MAVERS



Sra. ENRIQUETA PRIETO



Sra. MARIA RODRIGUEZ MIRAMON



Sra. ROSA PRIETO



Sra. MARIA LUISA CEVALLOS



Sra. MARGARITA MAVERS



Sra. AMELIA RODRIGUEZ MIRAMON

EL SPORT EN MÉXICO.

PARTIDOS DE "GOLF."

Es verdaderamente plausible el incremento que toma en nuestro país la afición á los ejercicios de fuerza y destreza, á las excursiones al campo, en grupo, y á otros pasatiempos, tan necesarios para la expansión del espíritu, como indispensables para el desarrollo físico del hombre.

Continuamente hemos dado cuenta de la formación de «clubs» cuyos fines principales estriban en hacer que sus socios encuentren, al par que horas de inocente distracción, motivo para dedicarse á esa clase de ejercicios que en el estado actual de la civilización, revisten para los pueblos cultos verdadera importancia.

En México, por fortuna, la afición al sport ha ido, pues, generalizándose.

Uno de los «clubs» que más se distingue por su empeño en mejorar constantemente, es el de «La Reforma.» Está formado por estimables caballeros de las colonias inglesa y americana y por algunos mexicanos tan entusiastas como ellos. Entre los organizadores se cuenta el Sr. Capitán Halliwell, Vice-Cónsul de Inglaterra en México, y persona muy apreciada en nuestra sociedad.

Este club organiza dos veces por semana—los jueves y los domingos—partidos de «golf» y otros juegos de pelota, á los que asiste gran



Club de "La Reforma".

número de familias y aficionados, que pasan allí un rato verdaderamente agradable.

Cuenta esta simpática agrupación de aman-

tes del sport con un local á propósito para sus reuniones periódicas, y con el número competente de socios.

LOS "HOMBRES CHUSCOS."

Existe en los Estados Unidos, desde hace ochenta años, una agrupación de personas de buen humor, cuyo programa se reduce á emprender jiras por los sitios más pintorescos, organizar bailes, etc., etc.

La agrupación, que se titula «Odd Fellows,» cuenta en nuestra capital con gran número de socios correspondientes, que año por año celebran el aniversario de la fundación del círcu-

lo con alguna fiesta en que la cordialidad y la animación reinan por completo.

En este año se hizo un día de campo en las cercanías del pueblecillo de Tizapán, concurriendo á él no sólo los socios norteamericanos, sino muchas familias de otras colonias extranjeras y algunas mexicanas. La Empresa del Ferrocarril de Cuernavaca puso al servicio de los excursionistas un tren especial.

La comida se hizo al aire libre, en medio del mayor entusiasmo y á los acordes de la música. Como condición precisa, se señaló á las familias la de llevar cada una sus alimentos.

Por la tarde se improvisó un baile, emprendiéndose el regreso en las primeras horas de la noche.



Asociación "Hombres Chuscos".

LOS ANALISIS PRACTICADOS

INSTITUTO

MÉDICO NACIONAL

y la experimentación clínica demuestran, que

LAS AGUAS MINERALES DE TEHUACÁN, aunque menos mineralizadas, producen en la LITIASIS BILIAR resultados superiores á los que han afirmado la fama universal de Carlsbad.

--- "CRUZ ROJA." ---

Las únicas aguas de Tehuacán embotelladas correctamente y la única instalación de vapor. Pedid siempre la marca.

ÚNICO DEPÓSITO PARA EL DISTRITO FEDERAL, LA "AMÉRICA,"
Esquina Dolores y Avenida Juárez.

VINO DE

Somatosa

del Profesor J. M. Solari,

DE LA FACULTAD DE PARIS.



TONICO, NUTRITIVO Y

RECONSTITUYENTE

RECOMENDADO POR TODAS

LAS EMINENCIAS

MEDICAS DEL MUNDO.

Superior á los vinos de Peptonia por sus efectos medicinales y su sabor exquisito comparable con el de los mejores vinos de mesa.

UNICOS AGENTES IMPORTADORES

José Uihlein, Sucesores.

Almacén de Drogas.—Coliseo Nuevo, número 3.

Frente al Teatro Principal.

Hunyadi János

El tipo más perfecto y más acreditado de todas las Aguas purgantes naturales contra Constipación habitual, congestiones, obesidad, obstrucciones del bajo vientre, hemorroides, etc.

"Sus efecto rápidos y seguros, suaves y moderados se dejan sentir sin cólicos ni molestias, sin repugnancia en el gusto, ni perturbaciones gástricas, ni cansancio consecutivo" Es un regulador y no un debilitante." "HUNYADI JANOS es, por excelencia, el purgante de las mujeres y de los niños. Es el laxante

de los estreñidos y de los congestivos, el gran remedio de los sujetos sedentarios y para los trabajadores intelectuales, en los cuales regulariza las evacuaciones, alvinas, y calma los síntomas dispépticos: es el específico de los afligidos y polisárcicos.

(DR. E. MONIN, PARIS.)

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES.

HUNYADI JANOS

Se vende en las Farmacias y Droguerías.

PARA EL HOGAR

La buena sociedad Parisiense.

POR LA
BARONESA DE ORVAL.

EL MATRIMONIO.

CONTINUA.

MATRIMONIO DE SENORITAS DE EDAD

Poco hay que decir acerca de estos matrimonios.

Hasta los cuarenta años, puede una señorita casarse vestida de blanco, y la ceremonia nupcial es la misma que para una joven; pero no hay doncellas de honor, porque las amigas de la desposada han pasado ya de la edad propia para ese papel.

En los matrimonios muy elegantes, se toma á los niños de las dos familias, y con frecuencia á los sobrinos de la novia.

Después de los cuarenta años, ya no lleva la casada el atavío blanco; su vestido es muy claro sin ser blanco, y en lugar de velo, se cubre la cabeza con una mantilla de fino encaje, salpicada de algunas discretas briznas de azahares.

Respecto á la recepción que sigue á la ceremonia, se dispondrá según los gustos y las relaciones; de mejor gusto es una semiintimidad, que una recepción de mucho rumbo.

DESPUES DEL MATRIMONIO

Si acaba con almuerzo la ceremonia del matrimonio, los casados se retiran cuando han desaparecido los últimos invitados.

Si las dos familias se reúnen por la tarde para comer en compañía de los testigos, doncellas y caballeros de honor y parientes más cercanos, conviene que la desposada desaparezca temprano con su madre, sin anunciar su retiro.

Muy inciviles se mostrarían los invitados, si se diesen por entendidos al advertir que la novia se dispone á retirarse.

Poco tiempo después se retira el marido; elige el instante en que son más animadas las conversaciones, ó el baile, si de baile se trata.

DESPUES DEL BAILE

Al llegar al domicilio de la desposada, comienza para los concurrentes una deliciosa exposición. Vestíbulo y escaleras están alegremente adornados con plantas y flores; las camelias, los laureles, las azaleas se mezclan con el vivo verdor de las palmeras.

En los salones forman hermosísimo conjunto los ramilletes, los canastillos, los cestillos de flores con las tarjetas de los amigos que han querido hacerse así presentes á la desposada, y en aquel delicioso verjel se respira un aire embalsamado con suavísimos perfumes.

Ornan los marcos de las puertas guirnalda de azucenas, y sobre los espejos caen guirnalda de rosas, "bouquet de la mariée" atados con grandes moños de tul. Están muy de moda estos nuevos adornos florales.

En el primer salón de recepción se hallan la desposada y su madre, hacia quienes se dirigen los invitados para las felicitaciones acostumbradas. Si el novio es desconocido para algunos, y no les pudo ser presentado en la iglesia, se aprovecha este momento para hacerlo;

das, solomo, galantinas, ensaladas rusas, etc.

Caldo frío ó caliente, según la estación, té, café, chocolate, vinos españoles, portugueses, húngaros y del Rhin, champaña, borgoña, burdeos; en fin, es casi un almuerzo completo lo que se ofrece á los invitados.

Las más veces se toma de pie el "lunch". Pueden lucir con este motivo la gracia y elegancia de los movimientos de la mujer, pues es preciso hacer prodigios de equilibrio para tener con las dos manos el plato surtido, el tenedor ó cuchara y la copa ó vaso.

su padre, con su suegro á su izquierda; el esposo, enfrente, está á la derecha de la madre de la desposada, y la madre de él á su izquierda.

Otras veces, queriendo reconocer desde luego á los recién casados como nuevos amos de casa, se les hace presidir la mesa, sentado uno frente á otro, y el sitio de honor es á la derecha de la novia. Y también, considerando á los desposados como invitados extraños importantes, se les conceden los puestos de honor: ella la derecha de su padre, y él la derecha de su suegra.

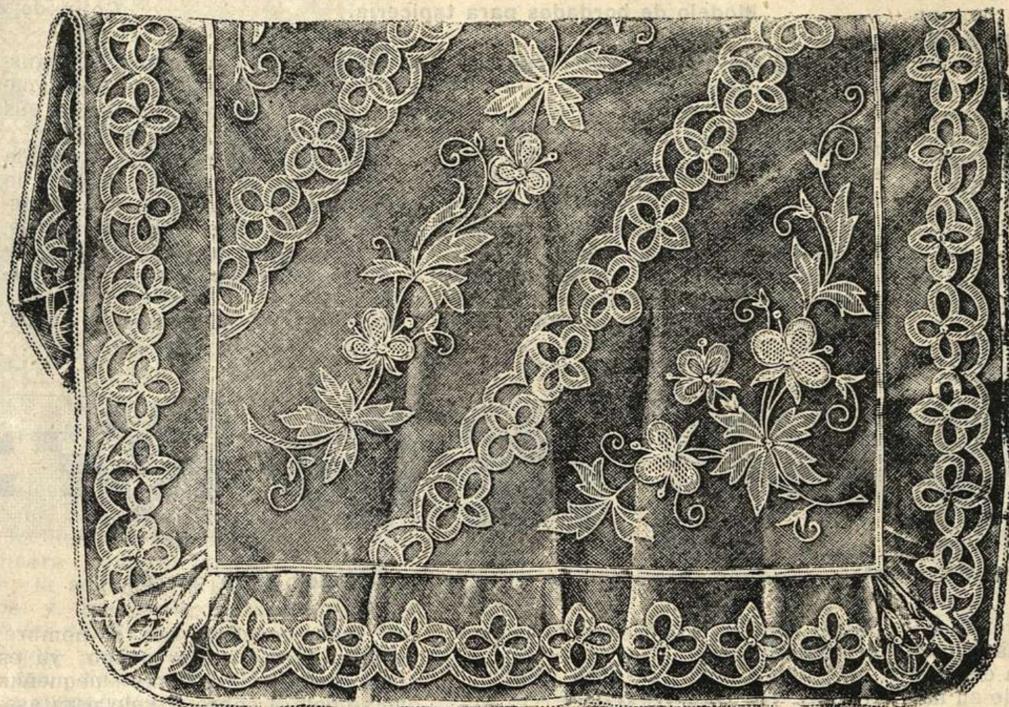
Pero lo que más place á los nuevos cónyuges, y que debería generalizarse, en atención á que ofrece muy buena vista, es colocarlos uno cerca de otro, rodeados de las doncellas y caballeros de honor; entonces se sientan frente á ellos los padres.

Al concluir la comida, se les puede dirigir un brindis á los desposados, en representación de los cuales contestan los padres, pues aquéllos se limitan á levantar sus vasos dando las gracias.

Si no hay baile después de la comida, conservan las señoras su atavío del día; pero si lo hay, se ponen traje escotado, y los hombres de todos modos portan frac.

Después de la comida, puede la novia cambiarse el vestido por uno escotado, y lucir los diamantes del canastillo nupcial.

Abrese el baile según la antigua usanza, con unas cuadrillas de honor, compuestas de los recién casados y las personas de mayor consideración, á quienes se desea honrar de particular manera.



Carpeta para mesa de centro.

cabe aquí á las mil maravillas el decirle al esposo algunas lisonjeras palabras referentes á su consorte.

Después, sin molestias ni embarazos, se pasa al comedor, aún sin que á ello haya invitado de nuevo la señora de la casa.

Para este refrigerio, se han retirado todos los muebles del comedor, excepto la mesa, que ocupa todo un lado de la pieza, dejando el espacio necesario para el servicio de los criados.

Se cubre la mesa con algún mantel maravilloso, de bordados antiguos; moños de listón adornan las esquinas; guías de flores corren por entre las computeras, copas, vasos y botellas, yendo á unirse de nuevo en el inmenso "buisson" de flores que emerge del centro de plata, si acaso, estrenado aquel día.

Además de los "petits fours", pasteles, frutas, helados, sorbetes, golosinas de toda especie, deben hallar los invitados algo substancial; á esa hora hay buen apetito, y son muy del gusto de muchos de los convidados, los "sandwichs" de caviar, de "foie gras", aves trufa-

El "lunch" con sillas se sirve en mesas pequeñas.

Deben multiplicarse los caballeros de honor para hacer las veces de amos de la casa; á ellos incumbe hacer los honores y ver que todos los invitados pasen al comedor.

Para acrecentar la alegría, un poco retirada y discretamente, deja oír sus acordes una soberbia orquesta.

No debe durar mucho el "lunch"; debe tenerse en cuenta la fatiga de la desposada y de sus padres.

Algunas veces se quita la novia el velo; pero no es esta moda la de mejor gusto; debe la desposada permanecer envuelta en esa nube que la nimba de poesía y de blancos resplandores.

COMIDA Y BAILE DE NUPCIAS

Cuando en lugar de un simple "lunch" se da una comida ó banquete de nupcias el día del casamiento, se ofrece en la casa de los padres de la desposada.

Diversos son los sitios que puede ocupar la novia en la mesa: siéntase algunas veces á la derecha de

canastillo nupcial.



Monograma para marca.

La segunda pieza la baila la novia con su esposo, y después baila poco, escogiendo ella sus compañeros, á quienes invita por conducto de los caballeros de honor.

Pueden los casados ausentarse cuando sea de su agrado, cuidando de despedirse solamente de sus padres, sin que los invitados se den por entendidos de la salida.

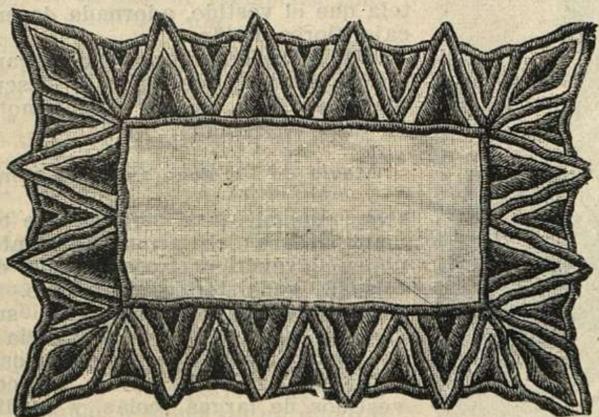
Corren de cuenta de los padres de la novia todos los gastos ocasionados por la comida y el baile de boda ó los del "lunch".

Simpática costumbre, digna de especial mención, es que antes de la comida distribuya la novia á sus amigas las flores de su adorno, conservando para sí algunas solamente.

LOS TRAJES

Traje del novio.—He aquí un punto de grande importancia, muy discutido en estos últimos años.

Algunos han pretendido intro-



Cojín para respaldo.



Petaquillas de mano con monogramas bordados.

ducir nueva moda, y se han casado, unos con casaca, de color rojo, ó castaño ó azul, con botones de oro; otros con levita gris, enteramente extraña al ceremonial francés.

Es muy ridículo seguir la idea caprichosa de algún actor en boga ó de algún millonario estrambótico; aun no se inventa nada digno de substituir los viejos usos franceses, tan excelentes, cuyo esencia lleva siempre el sello de un decoro innato y de respeto á lo establecido. Bien puede modificarse la forma del frac, alargar ó acortar sus faldones; pero que sea siempre frac.

Por lo demás, está enteramente ganado el pleito: en los últimos matrimonios rumbosos, de personas pertenecientes á la nobleza más ilustre, ha sido cabal el triunfo alcanzado por el frac.

Por muchos años siguieron los hombres de viso, en lo concerniente á moda y usos sociales, al príncipe de... tan conocido, que era árbitro indiscutido; ¡pero ya no existe! ha quedado desamparada la moda masculina y vacila entre vagas tentativas.

Hay, pues, necesidad de aguardar á que un gentilhombre, verdaderamente francés, salga á la palestra en defensa de su traje de gala de su atavío, de su impecable gusto, en una palabra, y se ponga á la cabeza del movimiento para dictar leyes que nadie contraríe. Dejemos á los extranjeros sus modas más ó menos raras y de gusto exótico.



Modelo de bordados para tapicería.

Un escolar conservará el uniforme de su colegio ó liceo.

Un anciano que forme parte del acompañamiento y tema que el frac sea para él inconveniente, muy bien puede presentarse de levita.

Cuando un caballero es sencillamente invitado á un casamiento ó al "lunch", sin tomar parte en la comitiva nupcial, conténtase con un elegante traje de calle: levita y pan-

la cabeza y envolviéndola en transparente blancura hasta los pies; cubre todo el vestido siguiendo en sus contornos la forma de la cola.

De diferentes modos se acomoda en la cabeza: á usanza judía, á la campesina, á la morisca ó á la española. Cuando es todo de encaje, peca de corto y apenas alcanza para encuadrar el rostro de la desposada.

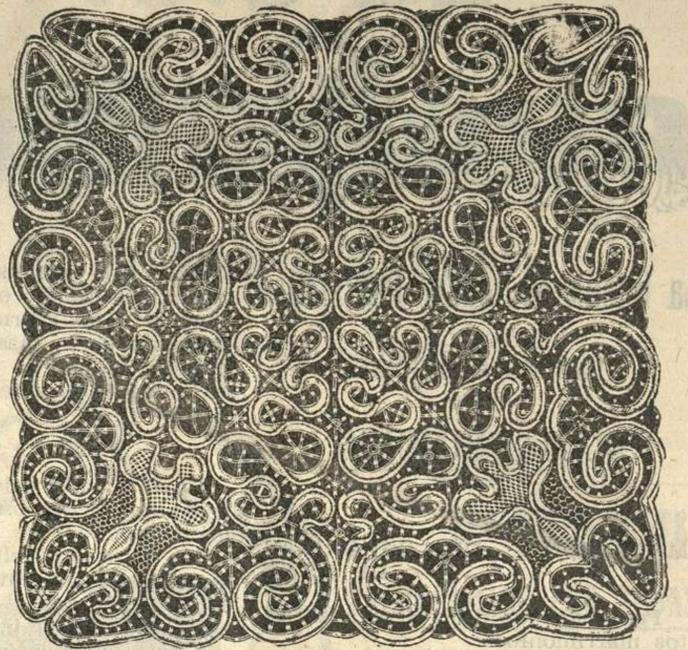
En cuanto á "la corona de azaha-

Los guantes son de cabritilla blanca.

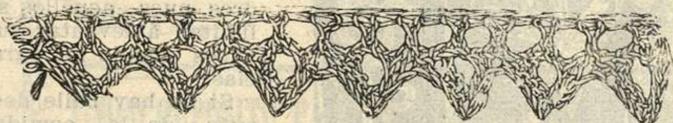
Lleva en la mano la novia un libro de oraciones, ricamente empastado, dejando entre los haces perfumados que adornan la delantera de su carruaje, el hermosísimo ramillete enviado en la mañana por el novio.

La costurera que hace el vestido, habitualmente manda por la mañana á una de sus mejores oficiales, quien se encarga de dirigir el atavío de la novia. Después se encamina á la iglesia la comisionada á fin de reparar inmediatamente, en caso necesario los desperfectos del traje.

Cuando el matrimonio en el juzgado es oficial, debe la desposada ponerse vestido blanco y engalanarse con el velo nupcial, lo mismo que para el matrimonio religioso. En caso contrario, para el simple matrimonio civil, que se efectúa uno ó dos días antes de la ceremonia en la iglesia,



Cojín de encaje, estilo "Richelieu".



Modelo al crochet.

El frac constituye la prenda correcta para toda ceremonia oficial. ¿Hay para el hombre alguna ceremonia más importante que la de su matrimonio?

Serán negros el frac, el pantalón y el chaleco, blanca la corbata, el sombrero un clac en la mano, blancos los guantes, de seda negra los calcetines, de charol los zapatos.

Si pertenece al ejército el novio, se casará de gran uniforme.

Traje de los caballeros de honor.—Hasta de la edad de quince ó dieciséis años, van vestidos los caballeros de honor con "smoking", de solapas de seda, chaleco y pantalón negro, corbata blanca, zapatos de charol, guantes blancos y sombrero boleadado. Llevan en el ojal una gardenia.

Los de más de edad se presentan con traje semejante al del novio.

Traje para los hombres en general que asisten á un matrimonio.—Los cuatro testigos y los parientes muy cercanos que forman parte del acompañamiento, van á la iglesia con frac y corbata blanca; pero está perfectamente admitida la levita para los parientes lejanos.

Los militares asisten de toda gala á un casamiento, pero pueden dejar su casco durante la misa, en lugar de conservarlo constantemente, como están obligados á hacerlo cuando es oficial la ceremonia.

talón grises, sombrero de copa y guantes claros.

TRAJE DE LAS DAMAS

Todo debe ser blanco en el atavío nupcial; los zapatos de raso ó de piel, las medias de seda, el corsé de raso, la ropa interior de lino muy transparente y adornada de fino encaje, de seda la enagua que va inmediatamente debajo del vaporoso vestido, y guarnecida de muselina de seda, todo ha de ser blanco.

La tela del vestido de novia será de raso, brocado, moaré, crespón de China, "peau de soie", etc.; varía la elección según la moda y también según la estación. En estos últimos tiempos ha habido entre las más elegantes quienes no hayan vacilado en llevar un vestido de paño pastel.

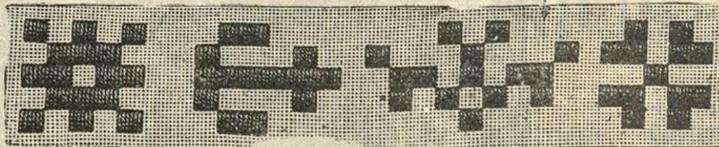
Naturalmente es largo el vestido de novia; la cola, redonda ó cuadrada, tendrá de dos metros cincuenta centímetros á tres metros. El corpiño, sea cual fuere su forma, irá adornado muy ligeramente, dejando bien visible toda la elegancia del tallo.

El adorno del vestido es á menudo un soberbio encaje, precioso recuerdo de familia, esmaltado de azahares.

El velo de tul, aureola de la novia, la rodea como ligera nube, descendiendo desde la coronilla de

res", sólo conserva hoy el nombre, pues su forma varía mucho; ya es una diadema de flores pequeñas que se coloca sobre el velo para asegurarlos, ya son briznas de mirto mezcladas con azahares para ornar

blanco y engalanarse con el velo nupcial, lo mismo que para el matrimonio religioso. En caso contrario, para el simple matrimonio civil, que se efectúa uno ó dos días antes de la ceremonia en la iglesia,



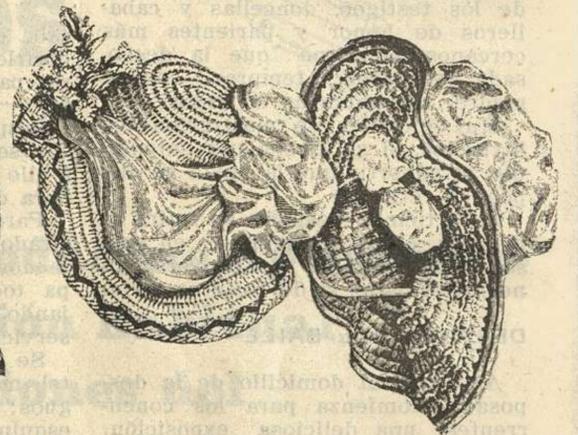
Modelo para guarda.



Saquito de abrigo.

el remate del peinado, y es la moda la única capaz de decidir en este caso.

Una novia lleva pocas joyas; basta con perlas en el cuello y en las orejas, más el anillo de esponsales en el dedo.



Sombreros para la estación.

escogerá un vestido de calle acompañado de un elegante sombrero.

Atavío de las doncellas de honor.

—Deben las doncellas de honor llevar trajes de color claro, excluyendo el blanco, para ofrecer un ligero contraste con la novia; pero han de ser todos de igual color.

El complemento de su atavío consistirá en una bolsita de la misma tela que el vestido, adornada de encaje, flores, listón.

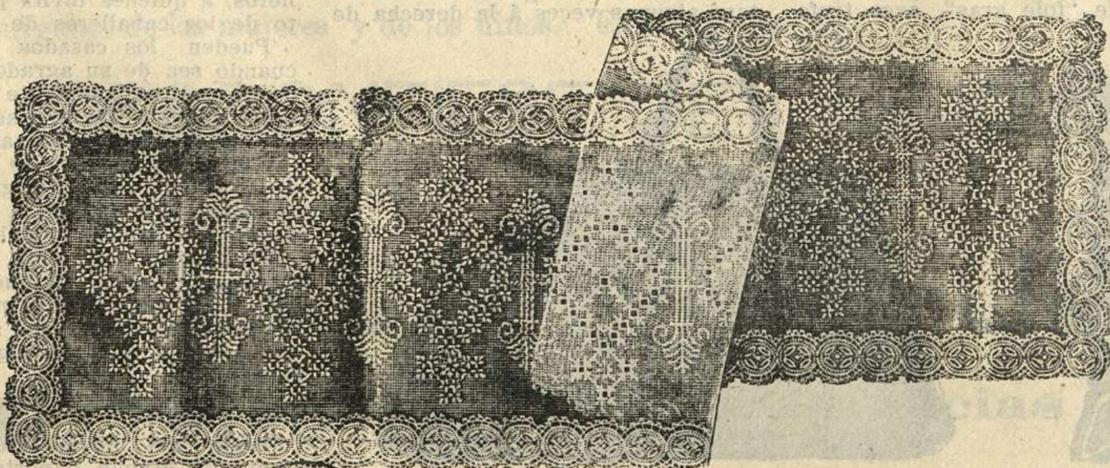
Irán todas en cuerpo, con elegantes sombreros que dejen á descubierto las caras, que por ningún motivo llevarán veladas.

Atavío de las señoras de la comitiva nupcial.

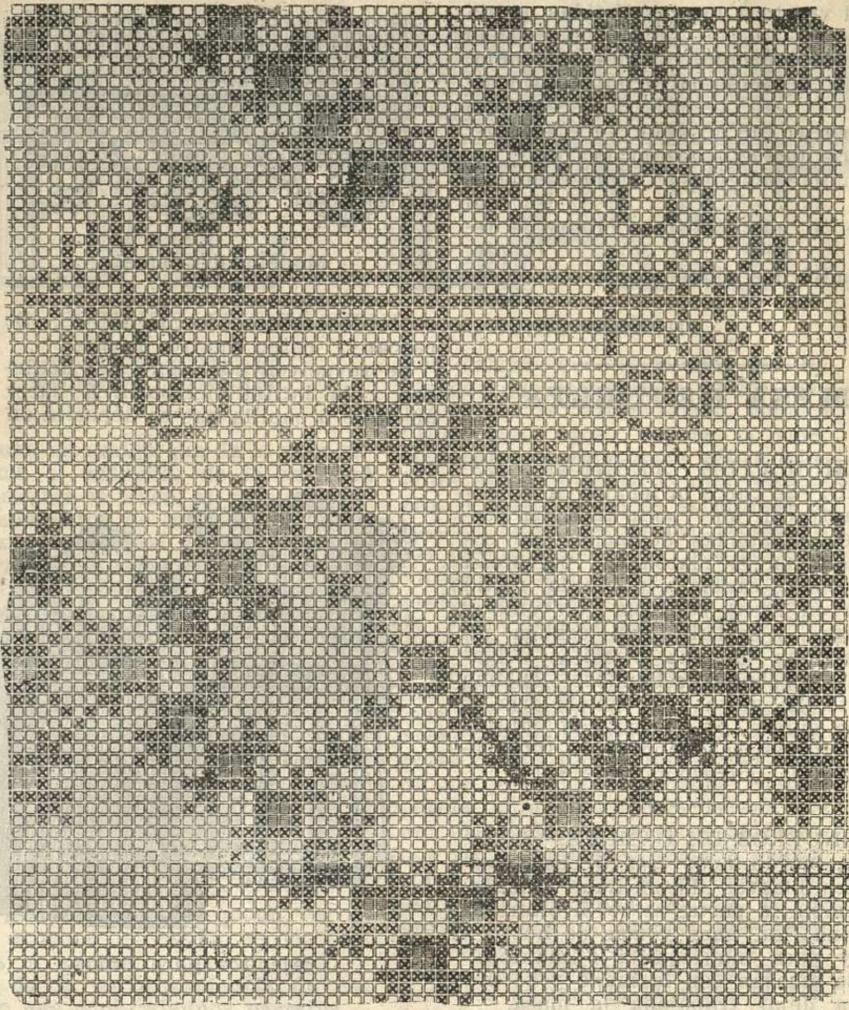
—Las señoras que toman parte en el acompañamiento, deben llevar ricos trajes claros, de telas de seda, terciopelo ó raso.

Se presentarán en cuerpo; sus sombreros, modelos de elegancia y de gusto, deberán ser minúsculos.

Las madres de los novios irán con vestidos de largas colas, y se distinguirán de los de las invitadas en la riqueza de los adornos. Son muy á propósito para el caso los hermo-



Pasillo para mesa.



Modelo para bordado.

Los encajes antiguos, punto de Venecia u otros de muy elevado precio y cuyo empleo es raro y difícil.

Con vestido de grande ceremonia, aunque de calle, se pueden llevar algunas joyas.

Las señoras delicadas y las de edad avanzada, cuya salud exige cuidados constantes, se cubrirán la espalda con elegantes y ricos abrigos, sin infringir las leyes de la etiqueta.

Las señoras que asisten al matrimonio civil, lo hacen con un atavío más discreto que para la ceremonia religiosa; es bastante un vestido de visita.

con los nombres y domicilios de todos los conocidos. Se puede dividir dicha lista en varias categorías: la primera comprenderá á los parientes; la segunda, á los amigos íntimos; y, finalmente, la tercera, á todos los demás conocidos.

Nadie pondrá en duda la utilidad de esa clasificación, siquiera sea para cuando ocurre un acontecimiento doloroso de tantos que pueden acaecer á una familia; ponerse entonces á buscar nombres y domicilios, es tarea muy penosa, y una lista preparada de antemano, evitará no solamente esa molestia, sino también mucha pérdida de tiempo.

CONSEJOS A LOS RECIEN CASADOS

Nunca se recomendaría demasiado á un marido tener la mayor dulzura, la mayor indulgencia para su joven esposa; siente ella cierto susto de verse súbitamente separada de los suyos y entregada á una vida nueva, casada con el hombre de su elección, es cierto, pero que le es todavía desconocido, pues las pocas semanas ó meses de noviazgo, son insuficientes

para conocerle profundamente y para que inspire la confianza que se necesita.

Sea cual fuere la intimidad antes del matrimonio, ninguno de los dos recién casados se ha mostrado como es en realidad, y para evitar un desencanto repentino, se requiere que el marido no deje entrever desde los primeros días las asperezas de su carácter. Esforzarse, por el contrario, en calmar las zozobras, quizás exageradas, de su compañera, procurando conquistarse su confianza; en los primeros días de intimidad es cuando precisa establecer las sólidas bases del afecto que debe reinar en un hogar.

Obrando así, guiándola en todos casos, no sólo será el señor, sino el amigo, el consejero prudente, escuchado, amado, á quien se descubren los pensamientos más secretos.

En los primeros meses de matrimonio debe una joven casada evitar salir sola; seguirá viviendo aún como hija de familia y siempre tomará á su marido por mentor; se hará acompañar en sus paseos, de su madre ó de una de sus hermanas, ó si carece de una y otras, elegirá á una amiga mayor y de respetabilidad incontestable.

Evitará mostrarse en público con jóvenes poco juiciosas, y, sobre todo, procurará no tratarlas con demasiada intimidad.

No es dictada esta reserva por un exceso de gazmoñería, sino que, siendo la desposada muy joven y sin experiencia, puede dejarse inducir á cometer inocentemente alguna falta de decoro ligera que podría ser mal interpretada. La sociedad es severa; más vale, pues, evitar cualquier motivo de crítica.

Muy elegante puede ser el traje de una joven, según su categoría social; pero sin exageraciones en formas ni en colores.

Algunos consejos más en cuanto á los nombres que han de darse á los suegros y que son origen de apuros para muchas.

A veces se resisten mucho á darles los dictados filiales de "padre", "madre", "papá", "mamá", porque consideran lastimados sus sentimientos de amor filial para con sus progenitores; es natural, sin embargo, tratar á los padres del esposo como si fueran los propios, y es una prueba de ternura para él, que se sentirá obligado por el afecto manifestado á sus mayores.

Si la joven acostumbra decir "mamá" á su madre, podrá decir

"madre" á su suegra, ó viceversa; así establecerá distinción entre una y otra. O bien, si existe en la familia algún nietecito y son ya abuelos los suegros, cabrán per-



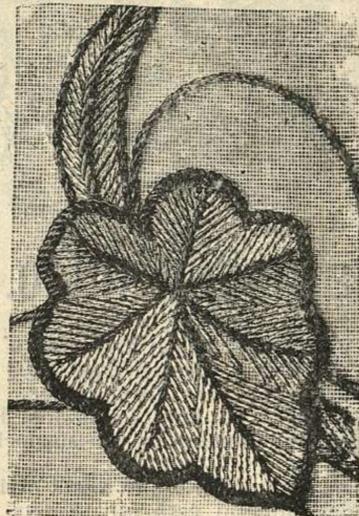
Calzado de moda.

fectamente los títulos de "padre grande", "madre grande", ó "abuelito", "abuelita".

En ciertas circunstancias, no obstante, habrá que guardar un ceremonial riguroso, y entonces se dirá "señor", "señora", á los suegros.

La dificultad no es tanta para el marido, porque un hombre se presta menos á las palabras afectuosas, y parecen más propias de él las de "señor" y "señora" siempre que de los suegros se trate.

Añadamos que esto depende en gran manera de los afectos, y son los interesados quienes deben decidir. Tantas son las circunstancias que pueden mediar, que solamente la interesada será capaz de resolver lo conveniente.



Bordado para tapicería.

VIAJE DE BODAS
Se acostumbra ahora que los recién casados dejen correr quince días y aun un mes antes de emprender su viaje de bodas, y á veces, por este ó aquel motivo, se renuncia á él enteramente.

(Continuará).



Calzado de moda.

CARTAS DE PARTE DE MATRIMONIO

Cosa de ocho días después de la celebración del matrimonio religioso, se envían sencillas cartas de aviso á las personas á quienes por causa de ausencia, ha sido materialmente imposible invitar; ó bien cuando la ceremonia se ha realizado sin ningún aparato, en la intimidad más estricta.

Redáctanse estas cartas como las remitidas para la asistencia á la ceremonia; se suprime solamente la parte final "y le ruegan á usted asista", etc., la cual se reemplaza con: "que se celebró el día..."

Estas cartas no son dobles, porque las dos familias las mandan separadamente.

La persona que recibe el aviso y que tiene relaciones sólo con el esposo, dirigirá su respuesta á los recién casados, y no á los padres.

Se debe contestar la carta de parte dentro de los tres ó cuatro días siguientes á su envío, bien con algunas frases en la tarjeta personal, bien en una carta, según la intimidad.

Algunas veces se anuncia el matrimonio en los periódicos, como por ejemplo, después de un duelo ó en ciertos casos excepcionales.

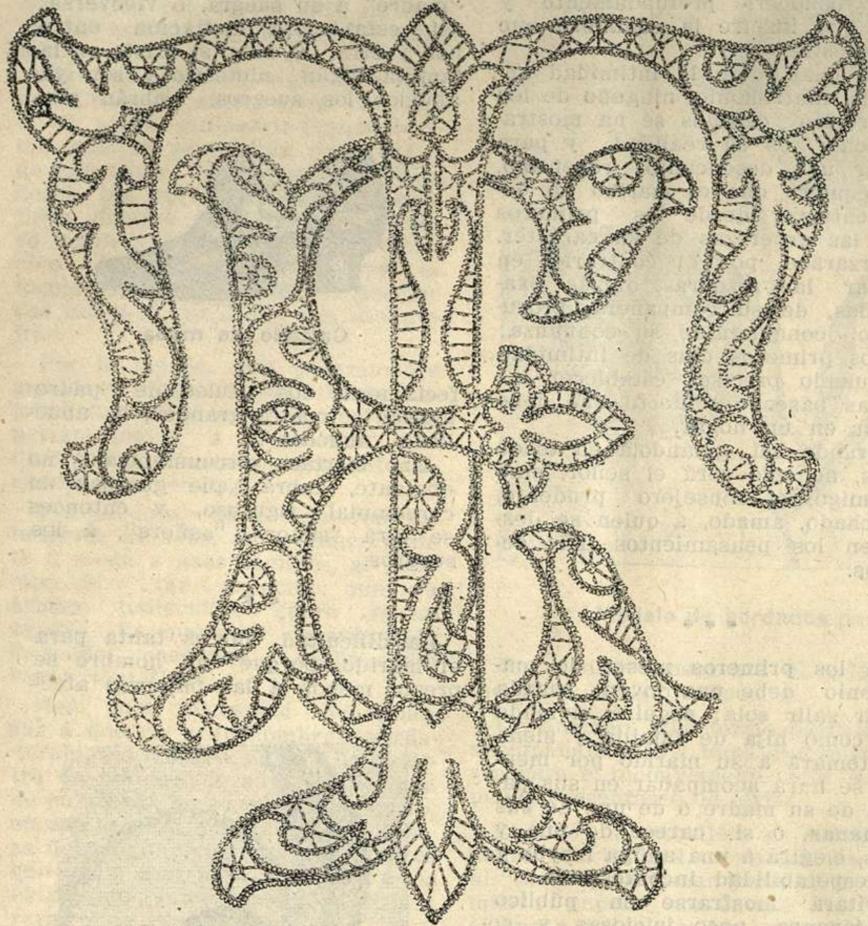
Recomendación indispensable á propósito de las cartas de aviso, es que se tenga una lista muy precisa,



Bordado para tapicería.



Carpeta bordada.



Marca para sábana.

DE VICTOR HUGO.

“Las miradas de las mujeres se parecen á ciertos rodajes tranquilos en la apariencia, pero formidables.

Pasamos á su lado todos los días quieta é impunemente y sin sospechar nada.

Llega un momento que hasta olvidamos que aquello está allí. Se va, se viene, se sueña, se habla, se ríe. De pronto nos sentimos cogidos: todo acabó: La rueda nos detiene; la mirada nos ha preso.

Nos ha preso; no importa por dónde ni cómo; por una parte de nuestro pensamiento que vagaba sin objeto: por una distracción que hemos tenido: estamos perdidos. Pasaremos completamente por toda la máquina; se apodera de nosotros un encaide-

imaginación, nuestra fortuna, nuestro porvenir, nuestra alma; y según que nos hallemos en poder de una criatura malvada ó de un noble corazón, no saldremos de esa espantosa máquina sino desfigurados por la pasión.

EL BESO.

En e. cielo la luna sonreía.
Brillaban apacibles las estrellas,
Y pálidas tus manos como ellas,
Amoroso en mis manos oprimía.
El velo de tus párpados cubría
Miradas que el rubor hizo más be-
(llas;

Orizaba, Junio 26 de 1901.

Sr. D. Donato Chapeaurouge, Director General de “La Mutua”—México.

Muy señor mío:—Acuso á usted recibo de la Póliza Dotal número 1.054. 1, que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de... \$100,000, plata mexicana), y cuya póliza ha tenido a bien extender á mi favor la Compañía de “La Mutua,” de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y recomendada como “La Mutua.”

Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el solo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del período de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, dejar fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Elegí “La Mutua,” porque tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan activos de seguros que ofrece, y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

Este seguro lo he tomado por lo pronto; pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco, y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vida, al tomar esta póliza con “La Mutua.”

A. KINNEL.



Saco de abrigo.

namiento de fuerzas misteriosas y en vano luchamos; no hay socorro humano posible.

Vamos á caer de engranaje en engranaje, de angustia en angustia, de tortura en tortura; nosotros, nuestra

México, D. F., Mayo 8.—Hace más de veinte años—escribe el Dr. Francisco F. Huacuja—que uso la Emulsión de Scott de Aceite de Hígado de Bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, y nunca ha dejado de darme magníficos resultados, tanto en enfermos escrofulosos como en los tuberculosos. Sobre todo, en los niños pequeños hago uso de tan buena preparación, por ver la facilidad con que éstos la aceptan, llegándola á tomar hasta con deleite, y he visto niños que lloran cuando no se les da más cantidad.

En cuanto á su aspecto como preparación farmacéutica—termina el Dr. Huacuja—me parece inmejorable, pues es la Emulsión mejor preparada que conozco.

Y el viento á nuevas tímidas querellas
Con su murmullo blando respondía.
Yo contemplaba en mi delirio ardiente
Tu rostro, de mi amor en el exceso;
Tú reclinabas sobre mí la frente:
¡Subiame languidez! ¡Dulce embeleso!
Que, al unir nuestros labios de repente,
Prendió dos almas en la red de un beso.

ANTONIO GRILLO

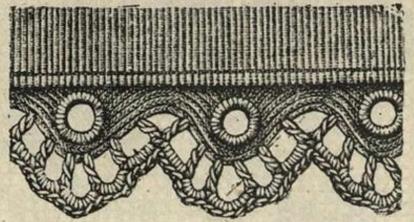
MESA REVUELTA.

LENGUA DE TERNERA EN FRIO.—Se cuece la lengua en vino y vinagre con muy poca agua; se corta en rebanadas delgadas, que colocadas en el platón se polvorean con clavo, canela y pimienta, molido todo en seco; se rocía con vino y vinagre, y se cubre con lechuga, picada muy menuda, rueditas delgadas de cebolla, echándose encima aceite. Se sirve esta lengua fría, y si se quiere, se adorna con chílitos y aceitunas, sazónándose en todo caso con la correspondiente sal.

BUNUELOS DE CAMOTE.—Se habrán cocido unos tres ó cuatro camotes blancos de mediano tamaño, y limpia la pasta, se revolverán con harina flor, unas yemas de huevo y muy poca mantquilla ó manteca. Se amasan con la mano y se procura dejar trabajada la masa.

Con cuchara pequeña ó de tomar la sopa, se sacan porciones que se fríen en mantquilla muy caliente, hasta que queden doradas.

Se extraen de allí, se dejan escurrir y se componen de dos maneras: ó se ponen en almíbar de azúcar alto de punto, ó se les sirve éste en gotas, más alto todavía de punto que lo de costumbre, compuesto con polvo de canela ó polvo de aniz muy fino.



Modelo al crochet.

CHICHARRONES FINGIDOS.—Se cascan y baten cuatro huevos.

Se revuelven con una taza de leche y la harina necesaria á hacer un atole ó papilla que se deposita en



Trajecitos para niños.

una sartén untada de mantquilla y con polvo de canela.

Se sujeta á dos fuegos suaves para que se condense y se cueza la composición, estado que se aclara y corrobora introduciendo el popote hasta verle salir limpio.

Se extrae la pieza de pasta y se le dan cortes diagonales para remedar el chicharrón de gordura y se lleva á freír en mantquilla ardiente.

La Mejor Ruta
Á DENVER, KANSAS CITY, St. Louis,
 CHICAGO, NEW YORK,
SAN FRANCISCO Y LOS ANGELES, CALIFORNIA.
 (VÍA EL PASO.)

[Cía. Ferrocarril de Atchison, Topeka y Santa Fé.]

Los Restaurants y Carros Comedores de Harvey en la Línea de Santa Fé, son renombrados en el mundo entero.

Para precios, itinerarios y otros informes, dirigirse á
W. S. Farnsworth,
 Agente General.

Plazuela de Guardiola, Ciudad de México, D. F.

SE RESERVAN CAMAS EN CARRO PULMAN PARA

HOLOS LOS PUNHOS DE LOS ESPADOS UNIDOS